

ANTONIO COLINAS

Canciones
para una
música
silente

Siruela

CANCIONES PARA UNA MÚSICA SILENTE

Antonio Colinas



En cubierta: *Laberinto de la abadía de Saint Bertin
en Saint Omer, ss. XIV-XVI*

© Antonio Colinas, 2014

© Ediciones Siruela, S. A., 2004, 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN DIGITAL: 978-84-16120-58-1

Conversión al formato digital: caurina.com

www.siruela.com

*Las armonías no oídas
crean las armonías que escuchamos.*

Plotino

*Sólo es posible la paz cuando cada ser
está en paz consigo mismo.*

J. de Norwich

Beauty is difficult.

E. Pound

El amor es el astrolabio de los misterios.

Rumi

*El placer de vivir me hizo olvidar el cansancio del viaje
y casi me hizo llorar.*

M. Basho

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria

El laberinto invisible

En invierno retorno al Palacio de Verano

I
II
III
IV
V

Catorce retratos de mujer

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV

Semblanzas sonámbulas

Del jardín filosófico

I

II

Mayo de 2010

Nocturno en el Patio Chico

De Fray Luis de León a Ana de Jesús

Metamorfosis

Vicente Aleixandre en Las Navas

Hay una luz que viene de los montes

Te esperaban las montañas

Acróstico para mi hermano

Unas pocas palabras

Estación Central

Recordando unos versos de Goethe

Siete poemas civiles

Tarde del 31 de diciembre de 1936

No hablemos de la belleza

A las tres muchachas, enfermeras voluntarias de la Cruz Roja, asesinadas en un hospitalillo de Šmontaña

Tras el muro del patio de los naranjos

Meditación en Castrillo de las Piedras

La noticia ausente

La Madre de Todas las Fosas

Un verano en Arabí

I (Retorno)

II (El canto)

III (Una muerte)

IV (Safereig-Sefirot)

V (Monumento de luz)

VI (Un concierto)

VII (Llamada de la mar)

VIII (Dudas)

IX (La casa)

X (Unos ojos)

XI (Alquimia)

XII (Un encuentro)
XIII (Aroma de resina)
XIV (Gruta)
XV (Madruga la palabra)
XVI (Otra hoguera)
XVII (Corona blanca)
XVIII (Tambor nocturno)
XIX (Sufies)
XX (Johanna)
XXI (Tagomago)
XXII (Por el último camino)
XXIII (Un libro)
XXIV (Can Costa de Arabí d'Alt)
XXV (Dos cipreses)
XXVI (Signos en la fuente)
XXVII (El anillo)
XXVIII (Del oro)
XXIX (La noche de Las Perseidas)
XXX (El cuerpo)
XXXI («No la debemos dormir, la noche...»)

El soñador de espigas lejanas

El soñador de espigas lejanas

Canciones para una música silente

Valle de Sansueña

Un ramo en la tormenta

Hallazgo de una estatua junto a un muro

Semillas del tiempo

Arqueología de la luz

En la sima

Estela

La piedra

Despoblado

Tras el descenso de la cima tutelar

Un río, un monte, aquella mar
Frescobaldi
Fuente
En la fragua
El eco
Gorriones
Vallefondo
Las estaciones de la vida
Cumpleaños
Germinación
Armuz
Solsticio de invierno
Una presencia en la noche
Triángulo del origen
El laberinto invisible
El otro anillo
Signos en la piedra
Llamas en la morada
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV

XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII

Nota a la edición

Obras de Antonio Colinas publicadas en Siruela

EL LABERINTO INVISIBLE

En invierno retorno al Palacio de Verano

I

Nunca supuse que regresaría,
cinco años después
—en pleno invierno—
al Palacio de Verano.

El lago es ahora una masa de hielo
y el Cinturón de Jade (el bello puente
y el gran barco de mármol)
están amordazados por un frío polar.
(El mármol y el hielo conteniendo en lo blanco.)
Todavía es posible seguir aquí los ritos
de siempre: aspirar la armonía
de ser en lo interior
profundo
ascendiendo, ascendiendo,
al Pabellón de los Budas Fragantes.

Antes nos demoramos respirando
la soledad del frío
entre el gran lago helado y la montaña,
y vamos contemplando las pinturas
de la Galería Abierta («la más larga
de China y del mundo», se nos dice).
Pero, al final de ella, ¿qué alcanzamos?
El horizonte blanco de un vacío muy puro.
Antes de la ascensión
los símbolos nos llenan de energía:
el sendero, el lago, la pagoda,
las colinas lejanas, las rocas y los árboles,
el gran disco rojo del sol que no ha logrado

estremecer, fundir el hielo,
las historias pintadas en los techos
de batallas y amores:
la terrible, eterna
Dualidad.

El paso cruel del tiempo se ha llevado
los trazos delicados y los vivos colores,
tantas huellas dejadas por las almas
de músicos, pintores y poetas,
eremitas, santones y filósofos;
los que en este país han compensado
furor de ideologías y de ejércitos,
revoluciones de la destrucción.

(Incendiar, destruir
lo «antiguo», ha supuesto
destruir la raíz de la sabiduría
de un pueblo.

Hoy se imita lo destruido ayer,
se rescatan los sueños perseguidos.
¿Con qué fin?)

¡Perennidad del arte, que apacigua
y salva todavía a los seres humanos
de ser fieras!

II

¿Y cómo describiros esta iniciación
de ascender con fatiga a La Colina
de la Longevidad?

Brusca subida y quebrada ruta,
entre tejados, por escalinatas
y por jardines mínimos, secretos.
Ascender y dejar atrás el mundo
que cruje y que restalla con sus hielos,
abandonar heridas que aún sangran.
Y si, arrepentidos, volvemos la mirada
hacia atrás, cada arcada nos devuelve
a la infinitud del lago muerto,
a su abismal escalofrío gris.

Y cuando el pecho ya no puede respirar
por la dureza de tanta ascensión,
cuando de tanto aire ya nos falta hasta el aire,
en esta congelada angustia de la prueba,
aparecen las salas
de los dos Grandes Budas.
El Buda más hindú que nunca había visto
se llama Buda-Shiva.
Sus numerosos brazos
van sembrando en el aire y en mis ojos
lo Múltiple
desde esa Unidad que irradia el punto
que tiene entre sus cejas:
diamante secreto.

Más arriba aún, en la cima del monte,

hay otro Buda muy ennegrecido
por el humo de inciensos seculares,
y desgastado por tantas caricias
de manos y de ofrendas.

(Ahora está prohibido acariciar
los dos Budas, rozar su eternidad,
ofrendarles lo poco que tenemos,
lo poco que sabemos.
Delante de ellos no hay flores ni frutos.
Están como olvidados estos Budas
en el desván del cielo del invierno,
pero son todavía
un *fin* para el que llega y desea *ascender*.
Son todavía símbolos preciosos.
(Y para otros peligrosos símbolos.)

Después de casi un siglo
ellos resisten más que ese otro dios
llamado Ideología.

Un día volverá este lugar
a ser morada cierta
en donde el hombre y la Divinidad
rescaten la armonía,
se fundan un instante en el fiel de la muerte
y ambos sepan al fin que ya están
eternamente destinados
el Uno para el otro, el otro para el Uno.
El culto ahora no está permitido
mas sabemos lo que nos transmitió
el arquitecto que trazó la ruta
hacia arriba: señales, signos, símbolos
hacia la luz suprema de la cima,

de otra Cima.

Previamente, ayudó Naturaleza
creando el más hermoso mirador
y el lago más en paz:
unidad de agua y tierra.

Luego, el arquitecto, con un sentido sacro
–todo es sacro en el mundo para aquel
que lo mira con ojos de piedad–
moldeó esta Colina de la Longevidad,
la senda, el laberinto, los secretos
que la ascensión (la *prueba*)
revelará por siempre a los despiertos.

III

Mas en la vida no hay
ascenso sin descenso, no hay
sabiduría sin la iniciación
de abajarse.

Por eso, tras la cima, el peregrino,
inesperadamente,
se encontrará en la otra ladera
un monasterio oculto, el que trazó
un segundo arquitecto tibetano.
Puede el mismo Buda desde aquí
retornar a su origen, al lugar
del que vino un día
desde detrás del Himalaya
para abrir y cerrar en el mundo
el Círculo
de la sabiduría.

Escuetos y severos recintos,
las paredes pintadas con almagre,
humildes monumentos
de planta exagonal,
la quietud de la *stupa*,
las ventanas cegadas,
unos versos oscuros en el muro
que no hemos logrado descifrar
y en la cúpula
una aguja final que, cuando llegue
la noche, sostendrá en un punto invisible,

en vilo,
el firmamento.

Descendiendo despacio por esta otra ladera
van sintiendo la sangre y los pulmones
la prueba superada.

De nuevo alcanzamos
la plenitud del hondo, sereno respirar,
lo que nos unifica a nosotros y al mundo.

Y aunque, cada vez más,
se vayan bifurcando los senderos,
todos nos llevarán al mismo lago
del origen, que acaso sea el morir,
dijo el poeta.

IV

Inmensidad reencontrada del lago,
regreso al vacío de su nada heladora,
al escalofrío de sus brisas-cuchillo.
¿Y qué es lo que ahora estamos viendo?
Inexplicablemente, caminando
sobre el espejo frágil de este lago,
sobre el frágil espejo de su hielo,
un hombre avanza.

¿Hacia dónde avanza?

Camina y resbala y luego cae,
y vuelve a alzarse y sigue caminando
hacia un imposible
que lo devora.

Cada vez más se aleja de la orilla
hacia un fondo sin fondo.

¿Está ebrio o busca su suicidio?

¿Quiere, a la manera de Li Po,
abrazar el gran disco imposible
del sol rojo,
arder en la utopía de una idea
que habrá de abrasar
a él, a los demás y al mismo mundo?

(Después de tres mil años él no sabe aún
que el secreto está entre nuestras cejas,
en cerrar nuestros ojos,
en respirar profundo
y en esperar que salte desde nuestro interior
el manantial que sana y que salva
a los demás, al mundo y a nosotros.

Un manantial que tiene un sólo nombre:
amor.)

Sedas y jades, las caligrafías
de un tiempo, los poemas y las músicas
desgarradas y dulces del *er hú*,
las manos femeninas de marfil,
¿qué podrían hacer por la ansiedad
de ese hombre de un siglo ya pasado
que va cruzando el desierto de hielo,
que busca y que no encuentra
en el invierno gélido
quizás otro Palacio imaginario
de Verano: ese que los humanos
llamamos plenitud, o acaso sólo el goce
de más intensa vida,
de otra Vida?

Lo perdimos de vista.
Cuando el sol se ocultó
en su tumba,
aquel hombre (que iba buscando fuera
lo que llevaba dentro),
halló su propia tumba
en el horizonte
vacío
del frío.

V

Regresando más tarde al laberinto
de la ciudad,
al cristal y al acero,
al paraíso de los resplandores
nocturnos de Pekín,
sentí entre mis manos
el calor de una ofrenda
que debiera haber depositado
sobre la piedra muerta de la cima,
al lado de los Budas,
pero creo que yo y mi soledad
seremos esta noche
la piedra, el laberinto.
Salí a buscar y recibí un don:
es una caja de cartón, modesta,
mas dentro de ella encuentro cuatro sedas
finísimas de Henán,
muy blancas delicada-
mente bordadas.

Acaso entre mis manos me llevo el secreto
a la vez aterido y ardiente que el suicida
iba buscando infatigablemente
sobre el lago muerto,
sobre el hondo misterio del lago de la vida,
sobre ese frío que algunas ideas
puede sembrar
en el abismo de la nada blanca,
bajo el hilo sutil que apenas une
saber y no saber,

la vida con la muerte.
Acaso yo también habría podido
ir caminando hasta extraviarme
en el alma de hielo del lago
y quebrarme en su nada,
pero algo he logrado vislumbrar
tras ascender al Monte y descender.

Ya destellan semáforos,
ya estoy viendo los nidos
del hormigón y el hierro,
oyendo las sirenas policiales
y las de una ambulancia
que sale en busca de una nueva muerte,
ya me encuentro atrapado
en el atasco de las autopistas;
mas la calma se halla en la tibieza
del símbolo que llevo entre mis manos:
cuatro sedas
que, siendo mudas,
me hablan.

Cuatro sedas suavísimas de Henán
que acarician las yemas de mis dedos:
salvación en la noche del siglo XXI,
cuando el invierno arrecia,
cuando el verdadero Palacio de Verano
(la plenitud de ser)
está huyendo del tiempo y de mi tiempo
hacia un horizonte
de rascacielos
que fulguran.

Cuando los años vuelan,

cuando la noche avanza.

20-21 de diciembre de 2007

Catorce retratos de mujer

I

Ramya: cuando cierres los ojos
sobre los alacranes de tu tierra
y duermas inocente
soñando el valle verde y azul
que tú bien sabes,
sentirás cómo llegan como un río
mis manos a tus manos.

Es mi recuerdo, que vendrá de lejos
para ascender muy lento hasta tu rostro
y en él sembrar de oro
(después de que los entreabras)
tus dos ojos, ¡tan negros!

II

Filomena: nosotros nos marchamos
a pensar (a sufrir) en nuestro mundo
como se va expirando en el otoño
la luz del noroeste
y tú te quedas sola vagando por la aldea
—¡oh, pequeña pastora de tus prados!—,
sola, muy sola entre estos montes negros
que, después del incendio en helechos y robles,
los veremos aún resplandecer
cuando llegue la nieve.

Y si al partir te digo
que siento triste el aire,
y si al partir te digo que en tu nombre
me llevo el ruiseñor, tú me sonríes
sin saber (o sabiendo),
y no nos dices nada,
y nos lo dices todo
con tus ojos azules.

III

Ahora irá descendiendo
la noche sobre el trópico
y quizá, en tus labios, una dulzura nueva
encenderá los versos que más amas.
Es inmenso el océano,
es mucha la distancia
que a veces puede haber entre dos seres,
pero es poca, no existe,
cuando amistad se inflama, y las almas
–tan poderosamente frágiles–
en sueños se conciertan.

Descenderá a tus ojos otra noche del trópico,
pero, en realidad,
habrá una luz muy blanca
envolviendo tu espacio y mi tiempo,
tu tiempo y mi espacio.
No es posible olvidar cuando se siembra
la amistad verdadera,
ni que yo te recuerde
en lo que nunca has sido,
en lo que no serás.

Tallulah: hemos de recordarte
para siempre en tu nombre.
Recuérdanos tú en él
y en lo que significa:
«Cerca de las estrellas».

IV

Te vi brotando de una noche negra.
Me pareció que llevabas en las manos
algo que se asemejaba a flores rojas.
Mas no, no eran flores
sino algo parecido a una herida
que sangraba,
una historia muy tuya y muy secreta
que le ibas mostrando,
por la orilla del mar,
a las algas
y a las húmedas sombras.

Sí, en realidad era un racimo
de sangre,
no de rosas,
lo que estrechabas con tus brazos blancos,
lo que cercabas con tus manos blancas.

V

Entre el Panteón (donde Rousseau reposa)
y los Jardines del Luxemburgo
(donde en mi juventud tanto esperé,
tanto lloré, soñando la alegría),
esta noche de lluvia,
treinta años después,
aún sigo esperando.

Ansiedad infinita en lo oscuro
de que estás a mi lado y que no estás,
sensación de tenerte y no tenerte
en la distancia
detrás de esta cortina de pesadumbre gris,
bajo este frágil lienzo de la lluvia
hacia el que alzo lentamente el rostro
y recibo su frío
sin poder tan siquiera
adivinar tu rostro
sin rostro.

VI

Al fin, qué dicha poderte abrazar,
poderte amar en toda
tu inmensidad sublime,
mar de mis pesares, mar de mis delicias
y de mis goces.

Safo me llamo y sólo soy de ti.
Ábreme aún más los ojos, ábreme
aún más los muslos y los labios;
toma, oh mar, mi corazón sonámbulo,
que sea todo tuyo,
y traspásalo
con la blanca ebriedad de tus saetas
de fuego.

VII

Cuando llegó la noche
hubiera sido hermoso
extraviarse hasta el alba
por este laberinto
de la ciudad antigua;
pero me dejó quieto y mudo
un leve rumor de agua en la fuente,
unos peces dormidos en el estanque
y las hermosas piedras
de fuego silencioso
que ardían, que ardían.

Luego, hubo un silencio
cuando los dos rostros
se fundieron en uno
en el instante de la despedida:
en una sola imagen de humo,
como el tiempo
también de humo,
que veloz transcurría
y se nos escapaba.

Esta noche, pon el ramo de azahar
que dejé en tu mano
en la almohada,
junto a tus ojos.
Mientras duermas,
su aroma borrará la distancia
y te traerá de lejos una mano:
la que no fue capaz

de posarse en tu rostro,
de posarse en tu rostro.

VIII

Casi cuarenta años llevaba sin saber
dónde empezaba y dónde terminaba
el sueño de humo azul de las hogueras
de este valle
de Atzaró,
el que me perturbó para siempre una tarde
cobriza del invierno.

Tuviste que llegar tú, Mary Wu,
una noche de agosto
con tu piano, con tus manos, con
aquella melodía
(«La canción de la luz cristalina», de Joyce Tang),
para que desvelases el secreto
que estaba muy oculto
en el verde más verde
de los árboles opulentos,
en el abismo de las dos fuentes,
en la calma del estanque rebosante
de luna amarilla,
en el silencio de los rebaños como muertos,
en el secreto negro del pozo blanco,
en el secreto blanco del alma verde
de la isla.

IX

La cantante va sentada
a nuestro lado en el avión,
mas no canta.
Sonríe educadísima y no canta.

Ella vuela en silencio
aunque a su alrededor hay un revuelo
de gestos y miradas, de murmullos constantes.
Ella vuela en silencio
a nueve mil metros de altura
con sus dos ojos verdes,
con su vestido azul,
con sus piernas tan blancas,
mas no canta.

Despegamos sonámbulos de la isla
sobre un claro espejismo de estanques
y ella se muestra muy feliz, serena,
aunque haya creado alrededor
una infinidad de turbulencias,
pues ya ninguno sabe
hasta dónde nos puede conducir este vuelo
con sus dos ojos verdes,
con su vestido azul,
con sus piernas tan blancas.

Ella sonrío y calla, va cantando
en su interior, y canta en su sonrisa,
y nos cantan también sus miradas furtivas;
ángel que asciende y que nos va ascendiendo

a través de un azul que nos deshace
en otro azul profundo, inexplicable, misterioso:
más azul.

Sí, aquí arriba en el cielo
existen los milagros
y a ellos los viajeros no quieren renunciar,
y de ellos no quisieran descender;
no desean retornar
a esa tierra amarilla que, allá abajo,
va segando ilusiones
como esta que ahora se ha hecho realidad.

Cuando los pasajeros regresen a sus casas
quizás enciendan sus ordenadores
en busca de opiniones sobre ella,
pero sólo hallarán las migajas
de palabras muy pobres con mala ortografía,
frases huecas, anónimas, triviales.
También yo he intentado buscar en la pantalla,
pero allí no encontré
ni sus dos ojos verdes,
ni su vestido azul,
ni sus piernas tan blancas.

(Quizás aquello que inesperadamente
se encuentra entre las nubes
es difícil hallarlo
en la pantalla de un ordenador.)

X

No sé si esa muchacha
amamantada de temor, de dolor, de terror,
puede ser a la vez otras muchachas,
pues creo haberla visto en otras ocasiones.
Por ejemplo, quemada por el sol,
con su tez como de barro cocido
y sus ojos abiertos
a una lluvia de agujas de arena,
allá en los desiertos de Tinduf.

Pero antes creí haberla visto,
escapando de una negra borrasca de espinos,
corriendo desnuda,
crucificada en un aire de napalm.
¿O acaso estaba ella muy serena,
de rodillas,
abriendo la esperanza en este mundo,
a la luz de una vela,
con sus manos plegadas
como alas de paloma,
allí donde estuvo un día el cráter,
la furia en llamas
de Hiroshima?
(A veces me parece que esa calma sublime
de unas manos unidas,
de unos ojos cerrados,
la vi en otra muchacha, también de Extremo Oriente,
que tenía su nuca a la sombra
de un enjambre de bayonetas.)

Mas no creo que debamos ir tan lejos
para encontrarme con esa muchacha.
Aquí, muy cerca, la podemos ver
sin una gota de odio,
con la sonrisa más clara y más dulce,
a pesar de sus piernas amputadas.
¿O quizá ella estaba muy lejos,
con esas mismas piernas
aprimionadas en un pozo, con
el agua-fango, con el agua-muerte
acariciándole la boca,
lamiéndole
el borde de los labios?
¿O estaba apedreada en un terreno áspero,
cercada por impávidas miradas masculinas?
¿O exánime y exangüe, rescatada
para su tumba de olvido,
colgada entre los brazos de su hermano?

El temor, el dolor, el terror
no pueden evitar que esa muchacha
—que sí es y que no es otras muchachas—
nos traiga paz, piedad
y un poco de esperanza a este mundo.
Con sus manos cerradas o sus manos abiertas,
con sus ojos abiertos, o cerrados, o sajjados,
con su sola presencia, esa muchacha
aún le devuelve al mundo
la infamia que de él ha recibido.
Viva o muerta devuelve con su rostro
el abismo
al abismo.

XI

Reconozco muy bien esa tristeza
de que hablas en tu carta.
Sientes que, de repente, te has quedado
sin las raíces de tus sueños hondos,
aquellos que viniste a comprobar
que eran ciertos,
que realidad se hicieron
en la ciudad de las piedras de oro.

Ahora has regresado
a tu isla de Kálymnos,
a tus costas de Jonia,
y te has dado cuenta
de que tú misma eres ya una isla.
Mas tienes que pensar que esas raíces
que aquí echaste, que crees ya perdidas,
aún están arraigadas profundamente en ti.
Te tocará ahora rescatarlas
a través de esos símbolos tan bellos
que tú muy bien conoces:
la mar, la nave, el ciprés, las ruinas,
y Homero, tu Homero;
o de esas ermitas tan azules, tan blancas,
donde lo griego y lo cristiano un día
se fundieron
para alcanzar el *conocer* más alto.
Quizá porque debías propagar
el saber y el sentir de tus antepasados
(razón y amor)
te has visto obligada a retornar

a tu tierra.

No debes estar triste
porque en este continente nuestro
le estén cortando cada día más
las manos y las alas
al espíritu,
a quienes, como tú, nos han traído
su vida hasta aquí como una ofrenda.
Tú ahora estás en esa Grecia extrema
donde, adormecidas, aún descansan
las semillas fecundas
de lo que fuimos, somos y seremos.
¿De ellas germinarán nuevas raíces?

No debes estar triste.
Tú ahora estás donde nace la luz.
Nosotros nos quedamos
en este occidente
donde una noche avanza
—sobre la escarcha de los páramos,
sobre un desierto de mieses cansadas—,
hacia los montes más negros,
los que preludian un océano
de olvidos.

XII

(Clara en los Uffizi)

Ibas despreocupada paseando
por las salas del museo de los Uffizi,
sin saber hacia dónde dirigir tus dos ojos;
avanzabas quizá con el cansancio
del que ha recorrido Florencia todo el día.
No sabías que, de repente, allí
te iba a asaltar un poderoso símbolo:
el de la inesperada Belleza,
el ideal sublime de Belleza y Verdad,
ese que (todavía) nos hace a los humanos
más humanos.

Botticelli fue el nombre del artista.
La Primavera el cuadro.
No supiste qué hacer
y te quedaste muda.
Simplemente dejaste que hablase el corazón.
Y te pusiste a llorar.
Y llorabas,
y llorabas.

A la Verdad y a la Belleza sólo
le faltaban el gozo de tus lágrimas.

XIII

(Epitafio para nuestra amiga Hsiu
Hsian Wu)

Desde tu isla grande de Taipei
llegabas hasta este noroeste
de todos los olvidos
en busca de más luz,
sin saber que es aquí
donde muere la luz.
Y de tus manos blancas
iban brotando formas prodigiosas
que en silencio ofrendabas
al silencio.

Ahora, de repente, es muy negra la luz
y con esa noticia que nos traen
de tu muerte,
tu cabeza, como la de Orfeo,
viene rodando, entre las piedras de oro
de esta ciudad que amaste,
como un turbulento fuego negro.

Regresarás un día siendo luz
que ni duele ni muere.
Esa luz que nosotros no vemos,
esa luz que tú ves
y que ya eres.

XIV

En un país lejano hay un sendero
al que llaman Saum.

Ese sendero conduce hasta un lago,
ese sendero lleva a un río-serpiente,
ese sendero parte de una cúpula
de rascacielos de cuarzo traslúcido
que, con el primer rayo de sol,
parece que quisieran arder o estallar.
Quizás ese sendero sea una fuente
de la que sólo mana en gran silencio
una palabra: Saum.

Aunque siempre el *tao* sea innombrable,
quizá Saum pudiera ser el *tao*,
(el camino que va
a todo y que a todos nos conduce).
Por eso ese sendero, en su unidad,
no sé adónde me lleva, pues se pierde
detrás del lago, en un espeso bosque
de tilos, y, más allá del bosque,
en un inmenso océano
de amargos resplandores
y de acerados espejos vacíos.

En un país lejano hay un sendero
al que llaman Saum,
mas Saum sólo es un nombre de mujer
que siempre estuvo y que está a mi lado
en cada prueba de este laberinto.
Ella es el sendero

que ni está lejos ni cruza espesuras,
símbolo que discurre muy suave
en mi interior y en el que yo discurro
suave en su interior.

Saum es un sendero
secreto que conduce hasta un nombre
que se escribe y se borra y se recrea
en la luz.

Semblanzas sonámbulas

Del jardín filosófico

I

Como el hombre con alma
en que Platón creyó,
igual que el ser que pena
en la cárcel del cuerpo,
no sé por qué castigo
el girasol mortal
–sol caído en la tierra–
gira en su tallo prisionero, ensueña
más vida, otra vida,
en su muerte de fuego derrotado.

Él va girando en busca de los soles
que fue un día,
en busca de otros cielos,
de espacios
inmortales,
exiliado y esclavo
de sus raíces hondas en la tierra,
la que le da la vida,
la que le da la muerte.

II

Eumelo, en sus *Historias*,
nos dijo que Aristóteles murió
tras beberse la savia
de la flor del acónito,
la flor que el Can Cerbero
—el de las tres cabezas,
el demonio del pozo,
el guardián infernal—
nos trajo al mundo.

Quizá fuese éste el precio
que tuvo que pagar
quien, deseando apreciar en exceso
la belleza de la Razón,
ignoró la razón de la Belleza.

Como la flor intensamente azul
del acónito,
a veces la Belleza
llega de los infiernos, puede ser
una flor
venenosa.

Mayo de 2010

(Córdoba)

Bien quisiera llorar, mas no puedo.
Bien quisiera llorar (de alegría) esta noche.
De repente, en la sombra de los muros
se abren heridas dulces, signos
que creías ya muertos:
«Cine-Teatro Góngora», donde un día lloraste;
o esa frase en el muro
del monasterio de las carmelitas,
que parece quemar:
«He tenido mi cielo en la tierra,
pues es el cielo Dios
y Dios está en mi alma».

Aroma del azahar me llega de lo negro.
Vuelve con el azahar mi adolescencia.
Melodía el azahar que todo me concede,
aunque hoy tenga mis manos vacías.
Sin ti, ciudad, yo nunca hubiera sido
el que soy:
la consciencia de ser y sentir y pensar
en los límites.

Esta noche
he regresado a ti
y tú has vuelto inesperadamente a mí
abriéndome secretos,
como mujer que no se puede ver,

mas que un día existió.
Y el azahar y las sombras
son los mismos de ayer,
pero yo ya no soy el de entonces.
¿No lo soy?
Y tú, ¿dónde estás tú y qué eres tú?
Tú eres sólo un aroma de azahar.

Bien quisiera llorar, mas no puedo.
Bien quisiera llorar (de alegría) esta noche.
¿Tampoco lloras tú en el silencio
y en la distancia
del aroma que fuiste?
Vagando por las calles de la noche,
extraviado en sombras de silencio,
me he quedado detenido
en medio de este puente y de este río
que ya no arrastra las arenas de oro
del sueño, como entonces.

Me he quedado quieto
entre las dos orillas de este río,
entre las dos orillas de mi vida,
frente al ángel de piedra del puente.
Me he acercado hasta él muy despacio
y me he mirado en sus ojos muertos,
le he rogado –ardiendo
como la triste luz
de sus lamparillas–
que quisiera llorar,
que quisiera llorar otra vez de alegría.
Mas no ha sido posible.
El ángel calla y guarda su secreto.

¡Cómo te amo misterio insondable
de la ciudad antigua!

¡Cómo te amo, misterio!

Nocturno en el Patio Chico

Esta noche, despacio, muy despacio,
voy retornando al patio
en el que reencontrarme en soledad
con el mundo y conmigo.

Jardín de piedra el patio
que enternece mis sienes,
que alivia las heridas del pensar.
Patio Chico: cómo vas ensanchando
el corazón,
pues están los cipreses,
—quizá dedos de Dios,
quizá llamas muy negras
que arden en la nada para nada—,
señalando ansiosos, hacia arriba,
lo más alto:
cuanto es más misterioso y fugitivo.

Pero ahora nos toca
hablar con lo más bajo,
mirar muy lentamente a los ojos
de la vida
en el recogimiento del no-ser,
que es el ser verdadero.
Sentir aquí la nieve o luna llena,
aquí, donde al cerrarse la mirada
entre muros,
a la vez se va abriendo,
para llegar muy lejos.

Aunque no lo parezca,

nuestra mirada nunca tiene aquí
un horizonte ciego,
pues estamos hablando de los límites,
sin límites, del alma.
Casi siempre hay silencio entre estos muros.
Me adormiré por ello para siempre
en esta soledad en la que el labio
–con gran sed de infinito–
va buscando a otro labio,
lo negro al oro,
la palabra vana
al silencio.

Negro patio de oros: acaso sólo el símbolo
de lo que fuimos, de cuanto seremos.
Nunca de lo que somos ya
para la muerte.

De Fray Luis de León a Ana de Jesús

No me esperes ya más.
No volveré a la Corte.
Ya nunca más verán
mi caballo atado a la puerta
de tu convento,
mientras dentro las almas,
separadas por rejas,
dialogaban de amor.

Huye muy pronto, cruza la frontera.
No olvides llevar
contigo aquella copia del *Cantar*
de los Cantares que en secreto te di.
O hazla arder despacio, muy despacio,
con la llama de la vela
de tu celda asediada.

No podré regresar, pues hay un monte
que me espera,
que por siempre adormece mis sentidos
en la noche más noche
y un rumor de fuente en la umbría
de la que mana la serenidad
que el mundo no me dio
con sus espinos.
Y si ahora he perdido
hasta el amor de ti y el de todos,
creo haber encontrado
en esta soledad, y no en los libros,

definitivamente
a Dios.

No me esperes ya más.
Huye pronto, que yo
me quedo en esta paz
silenciosa, aguardando
a la Señora Muerte.

Ni a tu huida
ni a mi quietud
les podrá ya dar caza
la jauría.

Metamorfosis

(Casa de las Conchas)

Me pareció que, suavemente, el Sol
se había detenido
en tus labios de piedra.
El círculo del Sol
descendía muy lento, descendía
en tu patio cuadrado y era devorado
su círculo en un círculo:
en el horno del pozo.

Pero no, luego vi
que era Venus la que, al anochecer,
desde esa mar del cielo
de un azul cobalto,
descendía en la luz
hasta este laberinto de la piedra
en busca de su concha extraviada.

Por vez primera y por un solo día
la Belleza naciente
no ascendió de la mar,
sino que descendió sobre estos páramos.
envuelta en fuego azul.
El Sol fue Venus,
Venus fue el Sol
en esta esquina de oro
del laberinto en que amamos,
del laberinto en que ardemos.

Vicente Aleixandre en Las Navas

Verano de 1917.

Él tenía tan sólo 19 años.

Las Navas del Marqués,

allá donde la sierra

de Ávila

se desnuda aún más

en pinos aromados, en los roquedos-lágrimas,

para entreabrir mejor la sed de amar el campo,

una vida más cerca de cielos frescos, puros:

la sed de infinitud.

Un joven, que es «rollizo y andarín»,

llamado Dámaso,

pone un libro en las manos de otro joven.

Es una antología de Rubén

Darío (el buen oro

de la palabra americana, aquella

que diera a la nuestra modernidad, hondura,
gravedad).

«Adiós a Bécquer», dice el otro joven,

pues de golpe ha nacido, gracias a ese regalo,

a otra poesía más ardiente.

«Fue algo incendiador,

muy virginal y puro,

pues aquella lectura

supuso para mí revolución

de espíritu.»

La alta sierra estaba revelando

la pasión de otra vida más alta,

vocación, poesía incesantes.

Medio siglo después (1964) aquel poeta
que recibió los versos de Rubén
Darío (y que ahora es un hombre maduro)
renueva el rito:
como un don va y transmite a otro joven
de 18 años
aquellos mismos versos, le recita
en voz alta el poema de Rubén, «Lo fatal»,
en la penumbra de un jardín,
al pie de una robusta velintonia,
debajo de la cual un perro, *Sirio*,
se adormece.

Allá, a lo lejos, hondo, el ocaso
siempre es el de la misma sierra
de fuego.

Aquí, muy cerca,
se revela otra vez la sed de vocación,
el don de la palabra inspirada
que a otro joven inspira.

Volvió a germinar
la semilla.

Los versos
aún llamean.

La palabra
aún sana
y salva.

Hay una luz que viene de los montes

(Graciano García)

Quizás un día alguien os recuerde
que en esta tierra hubo un hombre libre.
Quizás un día alguien os recuerde
que un hombre de esta tierra dio a los sueños
más altos realidad hermosa y honda.

Viene una claridad desde los montes
que a España hicieron y con su verdor,
tan tierno, ese hombre fue elevando
la altura de su vida y de las nuestras.
Con su humanidad, con la inocencia
del niño o del sabio, salió en busca
del humanismo que aún el mundo ansía.
(Y salió sin salir, pues puede el hombre
ser fiel a sus raíces e ir muy lejos,
que arraiguen muchos en lo que nos salva.)

Tembló en su infancia la naturaleza
de los seres y cosas más humildes
y ella le dio la juventud perenne
que ahora nos entrega con sus obras.
Sí, conozco muy bien la luz que un día
con él fue descendiendo de estos montes
y valles que hoy encienden la concordia,
que están más cerca y que son más *centro*
entre extremos, faros contra extravíos.

Y se abrió Asturias otra vez al sur,
y avanzó, y se ensanchó, y fue sembrando
la universalidad desde sus pueblos
más bellos y secretos: rescatados.
Quizás un día alguien os recuerde
que mereció la pena mantener
el tesón que él mantuvo en la tormenta.
¿Y sabéis cómo fue alzando fuegos
entre la nieve y nieve entre las llamas?
Tendiendo simplemente sus dos manos
abiertas hacia todo y hacia todos.

Y si un día la niebla regresara
con sus olvidos hasta esta ciudad
que él hizo suya y nuestra en los afectos;
si pensáis que la niebla o que los años
pudieran ocultar el bien, sus obras,
sabed que siempre manará muy viva
—ardiente en la verdad de los silencios—
la fuente de su ejemplo, que dio frutos.

Quizás un día alguien os recuerde
que en esta tierra hubo un hombre libre.

Te esperaban las montañas

(a Tomás, *in memoriam*)

Siempre te esperaban
las cimas de los Alpes.
Había en tu vida una ansiedad de cumbres,
aunque quieto y sereno estuvieses,
como cuando de niño te quedabas
en la hora del recreo con los libros,
y en el patio jugábamos los otros.
Ya entonces había en ti
un hombre y en nosotros
sólo niños.

Dentro de ti había un afán
de llegar *más allá*,
pero siempre contando con los otros,
entregado a los otros.
Siempre te imponías una meta más alta
sin saber que te esperaba una cima última
en esta vida-muerte
en la que todos vamos ascendiendo.
Por eso, regresabas de continuo
a las montañas,
querías rescatar
aquel rescoldo de los horizontes,
el frío puro, la infancia en León,
una nieve infinita,
que, por heladora,
nos quemaba.

En realidad, aquel afán tan grande de ascender
sabías que, en el fondo,
sólo era un *descender*
hacia aquella humildad
tan tuya (por sabia).

Subías con tu vida hasta las cumbres,
subías con tu vida a lo más alto,
mas sabías muy bien que, en realidad,
en la vida la clave es *descender*
hacia los otros,
hacia uno mismo,
hacia esa muerte tuya en los Alpes
a la que asciendes siempre,
con la que siempre nos ofrendarás
la vida de tu ejemplo.

Acróstico para mi hermano

Jamás existió el tiempo que cumplimos.
Olvida ya el presente: eres el niño
soñador que creaba con sus manos
enigmas y secretos misteriosos.

Centrándote en ti mismo, el mundo hallabas
oculto en lo más hondo de tu ser.
Luego, entregaste tu sangre a los tuyos.
Inmenso amor madura con la edad.
No, el tiempo no pasa para quien
a sí mismo se escucha y ve su casa
sólida con sus muros, y los montes.

La soledad amaste, y el respeto,
o el trabajo más duro, o el más tierno.
Buscaste en el fondo libertad
absoluta en el aire y en la Historia.
Todo lo has sido, al ser fiel a ti mismo.
O, si algo no fuiste, hoy ya lo eres.

Unas pocas palabras

De la sima de la memoria,
del pozo del sentir y del pensar,
de la selva de todo lo vivido,
surgen unas palabras, padre.

Te escuché pronunciarlas
antes de que cerraras tus dos ojos
para siempre.
Resumen de una vida, último
testamento en tan sólo
cinco
palabras.

Todavía me hieren dulcemente
por su verdad
y, a la vez, me transmiten
una fuerza infinita:
«Nunca hice mal
a nadie».

Estación Central

En el centro de Europa,
en el centro de la macrociudad
de las cuatro estaciones
de ferrocarril,
en el centro de la Estación Central,
estoy quieto, de pie, extraviado
con mi maleta,
y es como si todos los trenes del mundo
estuviesen llegando y partiendo
a mi alrededor.
Pero, como en la vida,
no sé cuál puede ser
mi tren definitivo,
el que puedo perder para siempre.

De repente, veo que se dirige hacia mí
una mujer.
Se me acerca, me mira y, sin pedírsela,
intuyo que me ofrece
su ayuda en una lengua muy extraña.
No sé por qué ni cómo quiere hacerlo.
Es una mujer joven: lleva un niño
colgado de su cuello
y otro agarrado de una mano.
Se ha dirigido a mí sin conocerme,
intuyo que queriéndome sacar
de mis dudas, de este desconcierto
de mi quietud (y de mi inquietud)
en el centro
del ojo

del laberinto.

(No sé, quizás fuese la misma
mujer, la samaritana
aquella que en el pozo de una isla,
me ofreció una tarde ya lejana
agua, y me señaló
el camino que yo había perdido.)

Luego, esta mujer de la estación,
sin yo decirle nada,
me agarra por el brazo,
con la mano que aún le queda libre,
y me conduce por el laberinto
de metales, y luces, y altavoces,
para sacarme de mi confusión,
para dejarme exactamente al lado
del tren y del vagón
que yo necesitaba:
el que habría de llevarme
hacia la plenitud de ser.

Cuando me di la vuelta
para darle las gracias,
ella no se encontraba ya a mi lado:
vi cómo se alejaba
sin despedirse,
entre la muchedumbre.
Tampoco hoy he podido
saber quién era ella:
la mujer que aparece inesperada
para guiarnos por el laberinto,
para luego perderse en su misterio.

¿Por qué el ángel?

Recordando unos versos de Goethe

Esta hoja que hoy me has regalado
pertenece a aquel árbol
que Goethe vio crecer y que cuidaba
en un parque de Weimar.

Algo antes, desde un árbol parecido
de Frankfurt,
él le había enviado otra hoja
a Marianne von Willemer.

La hoja doble del *ginkgo biloba*
—como él nos revelara en un poema—
representa a dos seres
y, a la vez, a uno sólo:
la unidad
de la dualidad:
el fugitivo amor.

Pero esta hoja que hoy me regalaste
no muy lejos de un pequeño lago
—lámina fina, frágil,
de un oro muy pálido—
ya sólo representa a la unidad.

Temblorosa lección la que me pasas
de tu mano a mi mano,
símbolo muerto-vivo
de cuanto permanece:
la belleza-verdad
de un árbol que llegó,
con la sabiduría, del Oriente,

que todavía sana,
y no de aquel amor
que Goethe vio apagarse.

Aunque adormecida, hoy renace
la cierta unidad de ser mortales
en esta hoja que tú has extraído,
seca de entre las páginas
de un libro del poeta,
para entregarme como un mensaje
de fuego sabio
en la noche del ser.

Siete poemas civiles

Tarde del 31 de diciembre de 1936

Piensa el sentimiento, siente el pensamiento.

Miguel de Unamuno

En esta última hora, debo pensar el sentimiento
para neutralizar el combate atroz de mi carne con el
más allá,

el combate de la que pronto habrá de ser mi tumba
con el más allá.

Debo pensar el sentimiento
para llevar mi razón y mi libertad
al límite extremado del fuego y del hielo.

Pero también, en este desamparo
—como quien juega su última carta—
debo sentir, sentir mi pensamiento,
enternecerlo, acunarlo como a niño,
llorarlo, compadecerlo, perdonarlo,
para que emoción, dulzura y piedad
neutralicen en mí definitivamente
la inutilidad de la razón furiosa.

¿Dónde encontrar el término medio de los filósofos,
el hueco, o nido, o el regazo

de la madre-esposa, de la esposa-madre,
para que pudiera al fin adormecerse
el niño que yo fui, el niño que (acaso) aún yo soy?

Se estrelló mi palabra con la piedra del mundo.

Mi razón ya no puede ordenar
el oro y la sabiduría de estos muros;
mi razón poderosa no me pudo salvar del laberinto

de esta ciudad que –siempre, siempre,
a través de las agujas con nieve de sus torres–
me llevaba a un más allá

de angustiosos vacíos
y a un más acá de palabras airadas.

Y, sin embargo, cómo se apaciguaba mi razón
si me asomaba a lo hondo del pozo del claustro,
cuando oía murmullo de agua de fuente,
cuando sacaba a apacentar mi espíritu
por las ásperas cumbres,
por senderos ateridos y amoratados,
bajo los cementerios en llamas del cielo.

Siempre quise, pero en realidad no pude,
pensar mi sentimiento, sentir mi pensamiento.
Mas ahora lo que siento es la derrota de mi cabeza
sobre el abismo de esta mesa camilla
y cómo se desorbitan mis ojos
sedientos de verdad, sedientos
del infinito afán de *conocer*.
Los «Hunos y los Hotros» desgarraron mis labios.

Cristo: ¿qué hay detrás del agua negra
de la catarata de tu cabellera?
Retírala un momento con tu mano sangrante.
(Si quieres, lo podrías hacer arrancando tu mano
del clavo del madero.)

Desvéleme

qué puede haber detrás
de tu dolor y el mío,
de tu noche y mi noche.
¡Desvéleme el Misterio!

Hay frío cainita este mes de diciembre por las calles.
Arde el brasero a los pies
de mi soledad,
pero se está extinguiendo por minutos
la brasa de mi vida.
Mis manos ya no pueden sostener mi cabeza.

Mis nervios y mis huesos ya no sienten
sed de inmortalidad
(ni tampoco la lepra de la envidia).

¿Hacia dónde irá ahora mi alma?
En este terrible límite del año que termina,
del tiempo que se escapa,
ya no sé si pensar o sentir,
ya no sé si sentir o pensar.
Después de tanta ardua batalla, sólo sé
que, si pienso mi muerte,
la siento ascender por las venas
como una paz perpetua.

No hablemos de la belleza

No, no hablemos hoy de la belleza
(la que desde el origen va unida
a la verdad,
la que bien entendida aún permite
ser humanos
a los que no desean ser humanos,
la que armoniza la naturaleza
y permite que el mundo –¿hasta cuándo?–
aún gire suavemente
en sus goznes de luz).
Recordemos tan sólo
a aquel para quien nunca podrá haber
memoria.

Se llamaba José.
Fue el asesinado de nuestra familia.
Fue uno de esos muertos
que hubo en casi todas las familias
de aquel país que se llamó Caínlandia.
En concreto, fue uno de aquellos siete mil
y pico que creyeron simplemente
en lo sagrado.
Nada más.

Dicen que en su voz
poseía la música de Orfeo.
Había logrado huir de un monasterio
y en una pensión buscó refugio.
Vestía de paisano, deseaba
estar en paz

consigo mismo y con aquel Madrid
convulso que quería, quizás,
abrirse a otra vida, a nuevos sueños
sin sangre.

Pero llegó una noche
en que hombres airados fueron en su busca.
Fue llevado hasta el barrio
de Tetuán, a la checa
del Cine Europa,
donde fue torturado,
sin causa.

Luego, fue conducido hasta un lugar
que todavía suelen
llamar «El Quemadero»
(un basurero entonces
de la ciudad,
allá por donde hoy –¡ironías del destino!–
se alza un hospital al que llaman «La Paz».)
Allí, en «El Quemadero»,
entre los desperdicios,
José fue asesinado y sepultado.
Para él no habrá jamás
ni justicia,
ni tumba.

Tenéis razón, no hablemos de la belleza hoy.
No digamos tampoco quiénes fueron
los culpables.
Sin ira y sin rencor,
tengamos simplemente un piadoso recuerdo
para aquel inocente
y para sus asesinos
sin rostro.

A las tres muchachas, enfermeras voluntarias de la Cruz Roja, asesinadas en un hospitalillo de montaña

Ya Concha Espina escribió sobre ellas.
Les dedicó una de sus novelas
a su lejana historia de martirio.
Mas quizá, más allá del odio y la vesania,
sólo importe y perdure un símbolo extremo:
aquel *Autorretrato* que se hizo
el padre de una de ellas, el pintor
Monteserín.

Un cuadro titulado

La Santa Faz
del más Grande Dolor,
en donde él dejó fijada su propia amargura.
O acaso sólo baste con que escriba
sus tres nombres aquí:
Olga, Octavia, Pilar
(«tres cálices, tres lámparas votivas»)
O el recuerdo de aquella procesión
de las tres jóvenes desnudas,
entre aullidos
y burlas de mujeres (aquellas que apretaron
los gatillos),
hasta la fosa en el verde prado
de los montes más verdes.

Después, vino la otra procesión:
la de sus tres
féretros

blancos

fluyendo por las calles milenarias
en un día de enero del año 38,
hacia un nicho en un muro de piedras ateridas.
Aquel día, la cima sombría
del Monte Teleno
encaneció.
Tenía lágrimas de nieve-sangre
en sus ojos de piedra.

Tras el muro del patio de los naranjos

Fuera, silbidos como navajas airadas,
banderas imposibles, sol que quema los ojos.
Dentro, rumor de agua serena
en la fuente de mármol,
la sombra que musita susurros inaudibles,
penumbra aromada
que acaricia.

Fuera, truenan las voces-altavoces,
una siembra en el aire de papeles
con un mensaje único, estallidos,
el vuelo circular del moscardón
de un helicóptero
alterando la tarde azulada,
ideas que desean, mas no pueden,
ser razón.

Dentro, razones que brotan
del respirar en paz,
la lección silenciosa que supone contemplar
esa maduración de los frutos
lentos de limoneros y naranjos,
signos indescifrables en el muro,
mensajes invisibles, el lenguaje
del musgo entre las piedras,
las abejas que liban el azahar,
un lejano rumor de campanillas
que se acalla.

Fuera, hogueras de la ira,
humo y disparos,
incesante, enfermizo
el malestar del mundo,
palabras como heridas, o que hieren.
Dentro, la sonrisa inesperada, inmerecida,
de una niña en el aire,
una paloma quieta,
un silencio.

Meditación en Castrillo de las Piedras

(L. P.)

Esperando todos los días la pena de muerte

L. M. Panero

El hijo no quería,
pero la madre dijo:
«Abre la puerta, deja
que entren los campesinos en la casa
y que suban a ver a tu padre,
al poeta ya muerto».

Moría simplemente un ser humano.
«Bebía», dijo alguien enseguida,
como deseando arrojar en su descargo
la primera piedra.
¿Cuántos padres, y acaso cuántos hijos,
no han bebido y gritado?
(Acaso él tuviera que beber
desde que hirió y desde que fue herido
—con las palabras manchadas de Historia—
por un poeta amigo y admirado.)

Luego, alguien dijo:
«Fue rojo, pues llevaba
una hoz y un martillo
de plata
en el ojal».

Y otro: «No es verdad, fue azul, muy del Régimen».

Como tantos,
jugó y padeció la dualidad,
la airada y extremada sacudida
de las ideologías de la Historia.
Y la Historia
le quiso dar martirio y olvido.
(A él, que en las encinas
de su monte y en su palomar
pudo haber poseído el secreto
sereno
del vivir.)

«Deja que pasen», le dijo la madre
que iba a enterrar dos veces al marido.
«Deja que pasen
los campesinos»,
mientras aún brillaba en sus ojos
de nieve azul
una última lágrima de ternura.
Él llegó con el coche dando tumbos
a la casa, por estrecho camino de tierra,
pero no era el alcohol ni las ideologías
la causa de aquel desequilibrio.
Desde por la mañana había sentido
el cuchillo de un frío muy extraño
penetrando en su cuerpo
y, hacia el atardecer, su corazón
estaba ya sajado.

Cuando el tiempo pasó hablaron demasiado,
mas nadie supo o quiso recordar
una frase de Freud:
«La muerte de un padre

es lo más importante en la vida de un hombre».

¿Y en la vida de un niño?

¿Y en la vida de aquellos tres niños

llorosos y asustados?

Vino luego el caos en la tormenta.

El padre

supo vaticinar que iba a ser

«acribillado»; ahora

no por los pelotones carcelarios de San Marcos,

sino «por los besos» de los suyos.

Había llegado la segunda muerte

del padre

(no debida al alcohol, ni a las ideologías)

para ir triturando lentamente

los cuerpos y las psiques

de los desamparados.

Aunque uno de ellos, que tienen por «loco»,

habló ya entonces con sabiduría

extrema

y resumió la clave de la historia:

«No has podido quitarte la capa

de superficialidad»,

dijo mirando a quien le dio la vida.

Mas la mujer, con sabia intuición,

había dicho: «Deja, deja que pasen

los campesinos, abre

la puerta».

Aquel debió de ser el homenaje

mejor que el poeta

recibiera en su vida

(quiero decir, en su muerte).

Aquellas apariciones espontáneas

suponían lo mejor, por encima

de palabras e imágenes que luego llegarían:
la presencia humana de la tierra
rindiendo como ofrenda su silencio
al silencio
del cadáver.

Hoy la tierra perdura, mas la casa
sin poeta ni amor,
primero fue una ruina
y hoy ni siquiera existe.
Ya no hay palomas en el palomar
de la infancia.

Se desgajó
el viejo tronco familiar
y ni siquiera silban a lo lejos
en la noche, los trenes; sólo silba
el viento helador en los hierbajos
de los raíles muertos.
Pero, al fondo, la cima tutelar
sigue dando lecciones de silencio profundo
que aún no se aprenden.
Sin embargo, el poeta
las supo eternizar en sus poemas.

«Deja, deja que pasen
los campesinos».
Aquella noche ascendía oscura
la sangre de la tierra
a lo alto de la casa,
antes que el cuerpo tornase a la tierra.
Los campesinos iban llegando lentamente
como troncos de encinas, como si el encinar
nocturno avanzase, se hubiese puesto en marcha.

Era agosto,
mas un hombre se abría hacia el silencio frío
de una doble muerte.

¿Quién puede arrojar en esta vida,
libre de culpa, la primera piedra?

¿Quién la arrojó?

Quizá para quedarse a solas con su muerte,
él le dijo a ella mientras iba expirando: «Sal
un poco a la terraza».

En la terraza, la mujer tenía
clavados sus dos ojos de nieve azul
en las lejanías
negras.

La noticia ausente

Tienes razón, amigo, los ruiseñores
tampoco hoy son noticia en las portadas
de los periódicos del mundo.

Te diré lo que hoy viene en las portadas
de los periódicos del mundo:
los planes de los *lobbys*,
los veredictos interesados de las agencias *rating*,
los últimos gemidos de la crisis,
la alta voz del poder y de la ira,
la cizaña de las agitaciones programadas,
(«primaveras» ideológicas que acaban siendo
inviernos,
pues traen la sangre
con que se experimentan nuevas armas),
los crímenes aún sin resolver,
y las guerras, siempre
las guerras:
las de las armas y las de las palabras,
y esa imagen siempre repetida
de una madre,
de una nueva Piedad que tiene a su hijo
muerto entre los brazos.

Aun así, esta noche de junio,
yo sé muy bien que existe una isla
donde los ruiseñores son noticia.
Calmos, en la espesura, no lejos de una fuente,
cantarán hasta el alba
alzando al firmamento sus cabezas

diminutas.

Acaso ellos sean todavía
el símbolo, la música, el mensaje
de un tiempo de esperanza.
¿O acaso de un tiempo ya perdido?
La luz lunar enciende en sus picos
trinos de oro, un
mensaje
sin sílabas.

Tenías razón, Seferis: todavía
los ruiseñores no nos dejan dormir
de felicidad pasajera
en los nocturnos de este tiempo
erizado, agónico.
Aunque no sean noticia en las portadas
de los periódicos del mundo.

La Madre de Todas las Fosas

Dicen que la Madre de Todas las Fosas
se encuentra al otro lado del océano,
cerca de una frontera y de un muro metálico,
aunque pudiera hallarse en otros sitios
(acaso en la sima de una mar muy cercana).

Junto a ella duerme un sueño de esperanza
la desesperación de muchos hombres
y mujeres que huyen
de la ciudad-infierno:
del acoso, el disparo, el hambre y la sed.
A veces éstas llevan, con la bala
que les quitó la vida,
un hijo en su vientre;
o, cruzando el desierto por la noche,
tienen al hijo vivo abrazado
al miedo de sus rostros.
La muerte no es la vida que soñaron.

¡Son ya tantas las quejas, tantas
esas declaraciones que a nada comprometen,
tantas las fotos, tantas las palabras
sobre la integración y las riquezas
del ilusorio paraíso, donde
los cuerpos pueden ser
materia de mercado,
o perder lo más grave
(el alma) habitando una chabola
con su televisor, bajo un cielo gris
plagado de antenas!

Aún no sabemos que la solución
puede hallarse en la raíz del ser,
allí donde el hombre acarició la tierra
que daba frutos,
besó la leña que le daba el fuego,
la piedra que fue ara,
y respiró la paz
en la luz.

Por ello, acabad
con la mercadería humana consentida,
llevad el agua a sus pozos secos,
devolvedle el agua a cada manantial
de sus aldeas,
que regrese el verdor a sus cultivos
y al monte sus rebaños.
Ofrecedles el pan de su maíz o de su trigo,
el vino de su viña,
la sombra de aquel árbol de su puerta,
su mesa de madera y el descanso
de su cama con sábanas de estrellas.

Dejad que el ser que huye
pueda seguir sembrando en su tierra,
que en ella reencuentre el verdadero
paraíso su sangre.
Dejad a esa mujer
(que hasta el nombre ha perdido)
que pueda llevar flores a la tumba
sin flores de su madre
y no que ella duerma para siempre
en el olvido
de la Madre de Todas las Fosas.

Un verano en Arabí

*Aquí, en Arabí, el agua de la fuente
del Olvido me turba la memoria y la sangre,
y, tumbado a la sombra sin sombra del olivo,
pierdo el conocimiento y, al perderlo, lo adquiero.*

I

(Retorno)

Llano de Arabí, espesura: te suponía
muerto,
como un paraíso que yo hubiese soñado
en la remota juventud.
Los años te extinguían en mi mente
como fuego sin leña,
porque se había secado el manantial
de la fuente y morían
los huertos de naranjos seculares
en su olvido.

Pero aquí estás a salvo, en otro estío,
todavía encendido por los soles de miel.
Te respiro profundo
y tú eres yo,
y yo soy tú
(todavía, todavía)
en la Unidad suprema de ser.

Aunque pronto te vas a desangrar
en los racimos de las parras
y las abejas libarán los frutos de la higuera,
aunque yo me extravía
como esas palomas
que, al sentir el disparo,
se pierden en los montes,
seguiré esperando,

en el temblor de la llama
que se extingue,
como una gota de oro.

Arabí: tú puedes ser la prueba
de que otra vida existe (o existió).
Y seguiré soñando yo en ti
con ser lo que aún no soy:
tiempo de infinitud.

II

(El canto)

Ese gallo rojo
que canta
sobre la tierra roja,
sobre la tierra-sangre,
arrastra el amanecer entre las hojas
frescas de las moreras
y, al atardecer, lo despide
con el verdor oscuro,
sepultando de nuevo al sol
en tierra-sangre.

Ese gallo rojo
que canta
cómo funde los cuerpos
y, al fundirlos, los despierta
a otra vida.
Pero, en realidad, esa vida ansiada
(acaso imposible)
es esta vida nuestra de ahora mismo,
júbilo y certeza del presente,
de la naturaleza y del cántico.

Porque el canto del gallo
nos arranca del sueño y del soñar,
nos abre la esperanza, la granada
del poema:
la *palabra*.

III

(Una muerte)

(C. G. C.)

Te vi brotar serena en la mañana
de la isla
como una mujer de la *Odisea*.
(Me pareció haberte visto antes
en las ilustraciones que John Flaxman
hizo para la obra
de Homero, el buen ciego
de Quíos, la otra isla.)

Pero fuiste, en verdad, lo más real
en este tiempo nuestro,
pues lograste amansar,
con tu palabra clara,
ese ojo convulso del Cíclope
que es el laberinto de cemento.
Naciste en estas costas, eras
carne de sus olivos
y en la paz de la sombra
de sus ramas
viniste a ofrecernos con tus labios
el don de la belleza,
el don de la verdad.

Y retornaste al mar, espuma
de tu sangre

herida.

Pero esa misma mar nos ha dejado
en la sal y en la cal,
en su horno de luz,
la luz de tu memoria.

¿Dónde hallaremos tu serenidad?
¿Seguiremos buscando tu alegría
bajo la vibración de las cigarras, extraviados
por los senderos y pinares hondos,
entre los verdes senos de estos montes,
al borde del abismo
de los acantilados?

Arde en la isla un fuego
que vence a las cenizas:
es el de la llamada invisible
de tu rostro y, en él,
unos ojos con música que cantan,
y el diamante de tu pensamiento
como un temblor de lanzas
o de espadas dormidas,
como un murmullo suave
de hojas, como un
resplandor
de llamas.

IV

(Safereig-Sefirot)

Hay una noche azul posada en el estanque.
Hay árboles colmados por el peso
de los frutos abandonados
que hundan sus ramajes
en la espesura del agua.
Un limonero herido, centenario,
enseña a vivir
a los que aún no saben
vivir en esta paz de su aroma.

Hay un silencio azul
que deshace estrellas
o que las deposita en el estanque (*safereig*),
que ahora es agua de astros, sólo cielo
dormido, espejo tembloroso en que se mira
la lechuza.

Escuchad el murmullo de ese chorro
que derrama un agua en otra agua
sin pedir nada a cambio.

En el estanque azul están depositadas
las diez emanaciones (*Sefirot*)
de las que Dios hizo brotar el mundo.

Si hundís en el estanque vuestros ojos
y miráis en lo negro del azul,
conoceréis cuanto debéis saber
en noche, en agua, en frutos, en aroma,

en tierra, en labio, en beso, en luz, en canto
y en silencio.

V

(Monumento de luz)

Arabí, fértil llano
de lo que un día fueran territorios
de la Edad de Oro:
le das la espalda al mar,
a ese monumento
de luz
que se alza en la luz.

Tú conoces muy bien tus secretos.
Nos los vas revelando mientras fundes
y filtras la esmeralda con el ámbar
en tus parras colmadas,
y los propaga y canta
el pico inocente de tus pájaros.
Luz que cae en los ojos
del último rebaño,
y en mis ojos.

Luz que no merecemos
y que quizá, por ello,
va a tener pronto aquí
su tumba en la tumba
de un tiempo
que va a dejar de ser
sagrado.

VI

(Un concierto)

(L. T. B.)

Vuelve, vuelve otra vez
con tu violín sonámbulo
como la mar retorna
a las rocas eternas.

La casita cuadrada que más amas
aún te espera cerrada y silenciosa
con sus secretos, con
sus cúpulas bizantinas
asomadas encima de la muralla muerta.
Pero tú aún no puedes
atravesar su puerta.
Por eso, te has puesto a interpretar
una música *nueva*
muy dentro de los muros
del templo que está al lado.
Y cómo reverbera el fuego del violín
en los dorados del retablo, en
los verdores grumosos de los techos,
y cómo se enternecen
los clavos
del gran Crucificado.

Ya no sé si la música
es la mar, o la mar

es el alma del violín en llamas,
o si éstas son delfines
que, acompañando a una vela blanca,
van surcando a lo lejos
el horizonte de las islas;
o si la leve estela
que va dejando en la plata fundida
acaso es el *largo* del *Concierto*
en fa menor de Vivaldi, o es la ornamentación
que hizo Bach para el clave
de *L' estro armonico*
del Cura Rojo.

Has llamado a la puerta cerrada
con tu ardorosa música,
la que ahora no te dejan entreabrir,
para recuperar tu soledad
de adolescente,
tus baños en la gruta.
Has llamado a la puerta y la puerta
no se abre,
pero tú has alzado este verano
sobre el acantilado de los pinos,
en el mirador de la luz, en el templo,
tu propia ara
con el incendio del puñal-violín
(que hiere sin herir).

Y aquí estamos nosotros rendidos
ofreciendo en el cuenco
de las manos abiertas,
nuestros silencios.
Quizá el secreto de esta intensidad
dulcísima y doliente no se halle

en la música inédita
que rebosa del pozo
de la mansa madera del violín.
Creo que el secreto está en tus ojos.

Si un día las Sombras
quisieran derrotar la mar en llamas
de la música, si ellas
viniesen a abrasar esta ebriedad
que gozamos,
querrá decir que el mar
nos habrá sepultado a nosotros
en la música de sus abismos.
Y si hubiese un final,
arrebátanos
luz
del violín,
antes de que tus cuerdas
rompan la noche.

VII

(Llamada de la mar)

Mis ojos han sentido en la noche
la llamada
de la mar.

Lo sé bien, la siento: ahí está,
detrás de las copas de los pinos,
de un atardecer del color
de las granadas abiertas
y, más tarde, de los ciruelos morados.

La noche es una isla,
y la isla una noche,
y la mar unos labios
que no puedo alcanzar,
pues los tiene cerrados
como mujer cercana que duerme apacible.
Y sé que esa mar desprende ebria música
que no suena,
mas que siento fluir
con mi sangre.

Cómo florece en lo oscuro
la soledad de los jardines
sin luna, cómo germina
el silencio de los caballos
en la noche de las fuentes
que callan.

Aunque quieto estoy,
sentado en el porche, contemplando
la llama de una vela,
avanzando me encuentro entre los árboles
con los ojos cerrados
como a través de una seda negra.
Avanzo hacia los labios de la isla
hacia la negra música
de la mar,
la que abrirá al alba
(aún)
la luz del mundo.

VIII

(Dudas)

¿Sabes (cuando las tórtolas
son las diosas del verde y del azul
en el mediodía del mundo)
por qué sólo su canto
lo puede todo
y todo nos lo explica y nos lo entrega?

Por eso, queda sentado en la roca
que está velando el rumor
del agua del estanque,
no te hagas más preguntas en la vida
y espera hasta que llegue
tu noche.

¿Sabes quizá (cuando a ciegas caminas
en noche sin estrellas,
por los senderos negros)
dónde está la salida
del laberinto del llano,
del laberinto de tu vida?

A veces gimen las aves nocturnas
y un caballo relincha en la sombra,
pero ellos nunca van a señalarte
dónde está la salida
del laberinto de ti mismo,
del enigma.

Quédate quieto, quieto en el centro
del paraíso invisible
y espera la luz de un alba eterna.

¿Sabes dónde te puede conducir
el dormirte arrullado por la música
de las cigarras, por su vibración
que inflama el firmamento y lo sume
en una doble armonía?

¿Hacia dónde te puede
llevar ese temblor
tierno de infinitud?

¿Hacia la dulce sima de un sueño
que es mucho más
que un mero dormir?

Cierra, cierra los ojos,
pues nada hay más allá
de ese son divino
que se te ha concedido.

Cierra suavemente, en el temblor
de la noche, tus ojos,
y espera otra *alba*
en que la luz no nazca
para morir.

IX

(La casa)

Tiene esta casa, hundida en la arboleda,
la forma de un cubo
perfecto y es de cal
resplandeciente.
Es la Casa del Hombre.

El ser que ha encontrado la armonía
ha puesto, al construirla, razón y corazón.
Su razón ha trazado
primero un cuadrado
en el polvo del suelo
que ha instaurado el orden
en el caos del mundo y en su caos.
El corazón, buscando la blancura
de la cal, ha dado con la Nada
que es el Todo,
con la verdad que acaso halló en otro mundo,
cuando él era algo más
que un ser lleno de dudas.

Ahora contemplando
su obra (ese cubo de piedra y de cal
que es la casa)
sabe muy bien que ha puesto
orden en su interior
y orden en el mundo.
Y tiene en sus ojos unas brasas

que sueñan lo que él fue
y ya no es.

X

(Unos ojos)

Al principio, pensé que eran de miel,
pues en ellos dormían las abejas.

Pero un día los vi cabrillear
como agua marina: verdeazules.

¿O eran violáceos?

¿O del color del vino
como la mar de Homero?

Acaso relumbraban con el brillo
de un mosto rubio y claro
bajo el sol del otoño
o con el retemblor
de un fuego que ardiera
bajo la mar en calma.

Tan sólo sé que en ellos
había el resplandor
de una alegría fresca y misteriosa.

Tan sólo sé que el mundo
renacía en sus ojos.

XI

(Alquimia)

Ayer vi que el arado
iba surcando la tierra del llano
y de ella saltaba
la sangre
y luego, en el ocaso, el buen oro.
De madrugada vi cómo fluía
ese oro muy despacio entre los troncos.
Me hundí luego en el agua del estanque
y oro me pareció fundido,
en el que yo flotaba.

Cada día, el sol baja a la tierra
y se funde, y fluye, y acaricia.
No sé qué significa esta lección
de la luz anulando la sangre,
convirtiéndola en oro hecho aura,
envolviendo el aire que respiro.
Probé a poner mi mano
en él, mas si quería
apresarlo
el oro se escapaba entre mis dedos,
huía hacia los montes,
acaso porque no lo merecía.

Nosotros no sabemos
ser el oro que fluye.
Sólo somos el horno

donde el oro aún se mezcla con la escoria,
el alambique que apenas destila
una gota de ese preciado don
que supone vivir
en plenitud.

El hombre no ha dado todavía
con el hondo secreto
que transforme su vida.

En él la escoria aún vence al buen oro
de ser en armonía con el Todo.

XII

(Un encuentro)

Y sin embargo...

Un anochecer

yo iba recorriendo los senderos
que conducían a ninguna parte,
cuando salió del bosque un hombre alto.

Me sonrió al darme, sin palabras,
su bienvenida a esta tierra-madre,
llevándose su mano hasta el pecho.

Yo también, en silencio,
le respondí llevando en la sombra
mi mano al corazón.

Nada más.

Luego, él se volvió para perderse
en el abismo verde
del profundo pinar.

Sólo quedó en el aire
su silencio y el mío,
un único silencio.

En él estaba la revelación
—el oro puro—
del encuentro.

XIII

(Aroma de resina)

Volví a la casa y repetí
aquel gesto sencillo,
mas llevando ahora mi mano
hasta el pecho
de la mujer.
Ella puso la suya en el mío
y en la penumbra
imantada del cuarto,
en el aroma de la resina,
me pareció que todo,
en nosotros y el mundo,
fluía con un oro
invisible.

Duró unos momentos sobre el lecho
aquella sensación de silencio absoluto.
Luego, ladró un perro.
Regresamos al mundo.
En la sombra (escuchando el gemido
de nuestros cuerpos,
alzadas junto al muro del jardín),
crecían vigorosas las ramas,
erizadas de espinos,
de aquella planta con la cual
coronaron a Cristo.

XIV

(Gruta)

Después, no sé por qué
(o sí lo sé),
mi memoria voló hacia otra tierra,
hacia la gruta
de Naim Arady, el poeta druso
de Nazaret.

Estaba aquella gruta,
que era enorme,
debajo de su casa.
Allí logramos
que a la luz de las velas y candiles
germinaran palabras
en varias lenguas,
que maduraron en poemas.
El poema: el fruto que da paz
al mundo y a nosotros.

Pero ya sé por qué recuerdo ahora
la gruta de Naim
debajo de su casa,
en Nazaret:
al salir de la sombra
a la luz del olivo del jardín,
se alzaba esta planta que ahora veo
aquí en la isla, y sus mismos ramajes,
sus látigos de espinos.

Y volví a recordar
la corona de Cristo.

Y al recordar los versos
que pronunciamos en la fresca gruta
aquel Pentecostés del siglo xx,
aún quisiera pensar que no fue sangre
sino gotas de oro
lo que brotó de aquella frente herida.

XV

(Madruga la palabra)

Qué temprana es aquí la madrugada.
Abro los ojos, veo
que la luz es muy verde
detrás de las cortinas y que luego
un resplandor de bronce la desplaza.

Hoy tampoco quisiera pensar.
Hoy tampoco quisiera escribir,
pero aunque vienen a mis labios
palabras mudas que yo no pronuncio,
no se acalla el ser
que siente y piensa,
sigue con rebeldía respondiendo
a la *llamada*
(siempre a contracorriente).
Y regresa el poema.

Sólo la Noche podrá detener
este combate
de la palabra desnuda
contra la flecha envenenada
del tiempo,
que ya tensa su arco.

y siento huir el tiempo.

Hoy vuelve a arder la hoguera,
pero es otro el fuego, y no lo veo.
Arde la soledad.

Más cenizas que llamas
sentimos en el pecho.

XVII

(Corona blanca)

¡Qué bandada más grande de tórtolas!
Da vueltas, gira, forma una corona
blanca sobre el verdor del pino grande
y luego en él se posa!
¿Por qué?

Simplemente, porque ellas habitan
en la nada más pura
del aire, sobrevuelan
felices, no piensan en la muerte
y solamente creen
en su canto.

En la solemne copa del gran árbol
encuentran fácilmente, al posarse,
aquello que nosotros,
tan ciegos,
siempre ansiamos
y nunca conseguimos:
la aceptación de la Unidad suprema.

XVIII

(Tambor nocturno)

¡Qué lento pasa el tiempo, y qué medido!

Lo va fijando un tambor oscuro
que suena en la noche
de la tierra.

¿Quién lo hace resonar?
Son los cascos nerviosos
de los caballos.

Ellos producen un inconfundible
sonido al galopar.

Lo sabemos también
por esa rebelión
mansa de sus relinchos.

Duerme, inconsciente, el mundo
sin saber que es tambor que resuena
como tierra, como cuero, como aire,
como un terciopelo
tenso, o como un grueso tafetán.

Un tambor que no sabe
que se avisa a sí mismo
como eco de peligro
o retemblor de sangre.

Tambor pausado, oscuro, el del galope
sonámbulo
de los caballos nocturnos.

¿La tierra está llamando
al cielo sordamente

o es el cielo el que avisa a la tierra
con paciente dulzura?

Como un tambor resuena
la noche y los relinchos
braman ardientes.
¿Con ellos se lamenta
la tierra o es el cielo?

Vivo tambor nocturno el del galope
de los caballos
sin jinete
sobre la tierra muerta.

XIX

(Sufies)

En plena noche voy por un sendero.
Veo mal, avanzo tropezando
en las piedras
y entreabro la cortina de las parras.
Me acerco a una casita
guiado por su luz
lejana, aceitosa.

Dentro, estáis en un círculo,
abriendo vuestras manos y tendiéndolas
a la llama muy débil de un candil.
Acrecentáis con ello el silencio.
Observo que los cuerpos ya no son
cuerpos, sino otras llamas
con el color del cobre
y que los pies descalzos
se han posado en otra realidad
que el rito reveló,
y que os eleva.

Musitáis las palabras
que ya no son palabras
sino sólo una música silente.
O quizá sea la música la llama
del candil, o las llamas cobrizas
de los cuerpos,
que cuerpos ya no son.

O quizás sean las llamas el silencio.

Salgo fuera.

Retorno a los senderos
de la noche.

Ahora veo mejor.

Acaso porque sé
que ya no sé.

Sabiendo.

XX

(Johanna)

Johanna alimenta los silencios
de nuestro paraíso
con su silencio.
Ella habita entre el almendro grande
y los jazmines.
Pasa y sonrío, luego
avanza pensativa por el sendero rojo
como flotando,
mas nunca hemos podido
hablar con ella.
Nos lo impide el silencio.

Tiene en sus ojos y en su piel la fiebre
de sus amigos los caballos.
De día, es una ausencia:
huye a las montañas,
o quién sabe adónde.
De noche, ella es la candela
que arde en su casita
envuelta en un aura
de silencio absoluto.

Johanna, al día siguiente,
sale por la cancela,
bordea las adelfas,
pasa rauda, y nos mira, y nos sonrío.
Y huye luego a los montes,

a silencios y a espacios
más secretos.
Nunca hemos hablado
con ella.

Nunca
hablaremos con ella.
Mas nos deja en el aire su sonrisa.
Silenciosa.

XXI

(Tagomago)

Anulación del tiempo, plena
serenidad, constatación
de lo sublime.

Cuando el anochecer se acerca al horizonte,
el suave perfil azul
de una isla lejana
se torna negro.
La contemplamos
desde el acantilado de otra isla.

Hacia el pequeño Puerto del Pozo del León,
a su cala rocosa,
se dirige un barco.
No se ve a nadie en la cubierta,
se diría que nadie lo conduce (se diría
que todo cuanto va hacia lo infinito
lo guía lo infinito).
Echa el ancla la nave,
luego enciende
sus luces-lágrimas
y se apresta a dormir.
Las láminas del cielo y de la mar
se funden, traen el sueño y lo posan
en los ojos del que ama
surcar abismos húmedos.

Quedo en este elevado mirador,
asomado
a la infinitud.
Anclada está mi vida
sobre este acantilado,
se mantiene a oscuras, pues no tiene
lágrimas-luces que encender,
y se deja fluir
en la contemplación de lo infinito.

La isla azul ya es negra.
Estamos suspendidos en lo negro.
También nosotros cerramos los ojos.

XXII

(Por el último camino)

De la mar de los montes
llegó una mujer
con flores
en sus cabellos negros.
Venía, por el último camino,
a la última casa de la isla
trayendo entre sus manos
un cesto de limones.

Hubiéramos querido
callar, sólo callar,
y que gestos, palabras, miradas,
fuesen como invisibles
para hacer más intensa
la música
del encuentro coral de todo el grupo,
la amistad verdadera.
Luego, llegó la noche
adormeciendo
el canto de cigarras,
que despertó inquietud, tristeza acaso
en sus ojos muy vivos.

Más tarde,
la mujer que llevaba
en sus cabellos flores,
regresó a través de las encrucijadas

de los caminos,
que la devolvían a la mar
que da la libertad,
al lugar del amor.

Con nosotros quedaba
un silencio profundo.
Respiraban los pinos el jazmín.
Tras la cerca, callaban los caballos.
Encima de la mesa, en el centro
del porche ya vacío,
los limones ardían
como un fuego muy verde.

XXIII

(Un libro)

Durante muchos años
había buscado un libro
distinto, sin saber
que era él quien me buscaba a mí.
Lo encontré este verano,
cerca del mar, debajo de unos pinos,
como se encuentra
algo secreto y valioso
tirado en el suelo,
sobre el polvo
de un humilde mercado popular.

Esperé la llegada de este otoño.
Lo deposito ahora
lentamente
en tus manos:
es mi ofrenda
a ti.

Un símbolo de algo
que he ansiado mucho
y al que le dediqué
mi vida, ese algo
que todavía debo perseguir,
que acaso no merezca:
la palabra de fuego.

XXIV

(Can Costa de Arabí d'Alt)

Helen sale al jardín
y, después de hablarle uno a uno
a cada animal, ha tomado su yegua
y se ha extraviado lentamente
en el laberinto de espejos
de los atardeceres rojos.
Joan se sienta tranquilo junto al mar
amparado en la sombra de Atenea,
bajo la luz que le viera nacer.
Viajó al otro lado del mundo
para saber lo que ya bien sabía:
que el *centro* de su mundo estaba aquí.

Tiene Cati aún el corazón
dividido entre las largas noches
del invierno en Germania
y el ardoroso estío de Arabí,
al que siempre regresa.
En busca de un océano salió
Martín con su mochila,
y lo logró encontrar para su dicha,
mas él sabe que tiene una casa
que le aguarda
entre estos olivos.
Andrés ha levantado con sus manos
un templo en el templo que es la isla
y ha sabido pronto

algo que no es muy fácil comprender:
que el cuerpo humano es
el verdadero templo.

XXV

(Dos cipreses)

(T. R.)

Veó que, frente al caos,
plantaste en tu terraza y han crecido
dos hermosos cipreses.
Y ahora, a medianoche,
vemos que cruzan ante ellos
tres mujeres.
¿Cómo has conseguido en tu casa
este instante sonámbulo
que no pasará nunca?

Las músicas de entonces han traído
nuestros días de juventud
junto a esa mar que duerme
muy cerca de aquí,
aunque estas costas van perdiendo para siempre
sus sagradas higueras.
Las arboledas no me dejan ver
los faros de otros días,
pero sí una belleza fugaz
en esas luminarias de unos ojos
apacibles
y en la brisa de los cabellos
de las mujeres que pasan.
Tienes razón: el tiempo ya no nos pertenece,
ya no es el nuestro, el de entonces,

pero las luces de las islas lejanas,
aquellos faros húmedos de libertad que ansiamos,
aún tiemblan como débiles luciérnagas
sobre nuestras pupilas.

Has creado en el centro sin salida
del laberinto de nuestra edad
pequeño paraíso
de amistad verdadera y de belleza.
Has creado en la costa de la isla,
cerca de la memoria de los versos
del poeta Al Sabini,
otra pequeña isla, un lugar suficiente
(como el personaje de Fellini nos dijera)
para esperar con placidez
el fin del mundo.

Cipreses y mujeres imposibles
acarician con las miradas
en la medianoche tierna,
como un fuego negro.
Hoy hemos logrado
rozar los labios de lo sublime
deteniendo un día más,
el tiempo,
cuanto muere.

XXVI

(Signos en la fuente)

Aquí, en lo más alto y más secreto
del monte abandonado
está la fuente.

Los humanos huyeron de sus huertos
y la maleza invadió este espacio
que fue sagrado.

Mas los Celestes no lo desconocen
ni en olvido lo tienen sepultado,
pues cuando el solsticio del verano
está en su plenitud,
la luz del sol desciende por el musgo
de la escala de piedra
y deposita un rayo
en el centro
del útero del agua.

Luz y agua aún cumplen la misión
de instaurar la presencia
del más allá
en el más acá.

¡Cómo perdura el don en lo secreto!
Cuando se nos revela, el ser humano
sólo debe poner sus ojos
sobre los triángulos de almagre
pintados en la roca viva,
en el pubis de Tanit.

Y no mojar los labios
en el agua.
Y callar.

XXVII

(El anillo)

Llevaba un anillo en el dedo
que me unía al mundo
y a ti.
Lo perdí aquella noche.
Fue al extraviarnos
en el sonido de los búhos,
en el temblor de la lágrima de Venus
y en aquel terciopelo de las sombras
que, al vendarnos los ojos,
todo nos lo entregó.

No sabía que habría de encontrarlo
muy lejos, más allá
de la mar, en otra noche
en la que el llano de Arabí
fue el valle de Sansueña,
y el verano un invierno,
y el granado un álamo desnudo,
y el anillo y tú fuisteis un oro
distinto: el que no se extravía,
ni extravía.

XXVIII

(Del oro)

Habréis visto
que he perseguido obsesivamente
el oro en los poemas del verano,
el oro en los poemas de este libro.
No debéis engañaros, pues no es en la vida
oro cuanto reluce.
Pretendí solamente apresar
el oro del vivir en plenitud,
el fruto de la alquimia de la psique,
el símbolo que es
otra cosa que oro:
no sólo aquel que se desliza lento
sobre el espejo del estanque,
o el que huye entre las arboledas
persiguiendo al sol.
No hablo del metal.

Al final del alquímico proceso
del verano, del buscar
la plenitud de ser,
yo sabía que el símbolo del oro
bien podrías ser tú,
sumida en el sueño, enseñándome
sin palabras
lecciones no aprendidas.
Oro dormido tú,
a mi lado.

XXIX

(La noche de Las Perseidas)

Tal vez sea esta noche
(cuando el llano fluye, entrega
al mar de agosto
su negrura)
cuando todo adquiriera
sentido (¿o acaso sinsentido?).

Sólo al volver los ojos hacia arriba,
hacia el pozo de lágrimas
que habitan Las Perseidas
(pretendemos dar nombre
al Misterio
para, inútilmente, apresarlo)
todo tiene, al fin,
un tremendo y único sentido.

¿Vivimos engañados?
¿El firmamento es otra caverna,
inmensa y sin fondo, de Platón?
Parece que la noche está aquí abajo
y no en los prados
celestes de allá arriba.
Arriba todo es luz, atomizada
en secretos preciosos jamás revelados,
en estrellas que estallan
creando esperanza en los humanos
y a la vez deshaciéndola,

en las miríadas de ojos-esquirlas
que nos controlan,

pero que no nos dicen nada,
nunca nos dicen nada.

¿Aquí abajo sólo es la realidad
lo negro, cuanto muere?

¿Y lo blanco?

¿Y el oro del amor?

¿Y qué sentido tienen nuestras ansias
de infinito?

Lo blanco es una luz
que huye hacia arriba,
y se parte, y desgarrar,
y luego, en las noches
más hermosas de agosto,
un siglo y otro siglo,
deja caer sus lágrimas.

Alguien está llorando allá arriba
por lo que no sabemos,
por lo que aún no somos.
Por nosotros.

XXX

(El cuerpo)

Redescubrir tu cuerpo
posando muy despacio
mi mano en tu nieve,
y sentir cómo arde.
¡Qué alegría la nieve de tu cuerpo!
Es la misma de entonces
y siento el mismo ardor
posado en las yemas de mis dedos.

Que perdure la nieve
en el estío,
que anuncie otro verano, cuanto es puro,
no aquello que nos hiela.
Sea nieve que arda.
Sea nieve que arda
como el rocío bajo el sol
en el amanecer de las hojas de las moreras.

Cuando llega la noche,
nuestros cuerpos ascienden
trenzados, abrazados,
por el cielo violáceo,
como en un cuadro de Chagall.
Ascienden muy despacio
por la escala de letras,
por la escala de sílabas,
que van formando un nombre:

Arabí.

XXXI

(«No la debemos dormir, la noche...»)

Adiós a todo aquello que he amado.
Gracias por este don de haber podido
gozar la plenitud.

No debemos dormir la noche última.
No podremos dormir esta noche,
porque va a ser muy breve
y, aunque todo lo van devorando las sombras,
el verano nos ha dejado
llenos de luz:
despiertos.

Mañana aún podremos
seguir cualquier camino de la vida
sin cansancio,
pues sabemos que somos
seres para la luz,
por más que al final habrá una noche
que será larga y honda.
No debemos dormir esta noche
pues va a caer de ella esa pequeña
lágrima de oro
que tanto esperábamos:
la del poco saber sabiendo mucho.

La noche es engañosa,
sólo es el reverso de la luz.

El mundo (doblemente) duerme.
Hasta el verano duerme en Arabí.
Nosotros velaremos, velaremos
mientras el tiempo nos pertenezca
y nos guíe
la llama.

El soñador de espigas lejanas

El soñador de espigas lejanas

(En el fortín de Cartagena de Indias)

Te alzaste de repente ante mis ojos
como pirámide de piedra-hierro,
como montaña de carbón
oxidada por las sangres
de los que lucharon para nada,
de los que lucharon para todo.

Después, mientras dormía aquella noche,
me pareció oír un grito negro, un alarido
que brotaba de lo arcano del océano,
por donde vino
(después de otras sangres, las de los sacrificios
con los cuchillos de obsidiana)
un vendaval de espadas y caballos,
oleada de cruces,
la idea del amor, que amordazar no pudo
la avidez por el fulgor del oro.
¿O que sí pudo?
¿Será acaso el amor
el oro de los pobres?

Lo digo porque cuando iba ascendiendo,
de lo negro a la luz,
por las piedras del tiempo,
me encontré con un pobre mendigo,
con un muerto en vida.
Nada sabía él de héroes ni de guerras,

del ayer o del mañana.

Y, sin embargo, quien no era nada
pudo darnos desde su labio herido,
desde su ruina enferma,
una señal del *todo*, al decirnos:
«Dios le guarde».

¿Será el oro del pobre el amor,
la raíz de una *luz* quizá perdida?

Me desperté y aullaba
aquel fortín-poliedro,
acaso un ojo negro, o un sol negro
estrellado en las ciénagas;
pero también aquella boca abierta
de negra dentadura
me pareció caverna
que se abría a un cielo limpio, azul.
Y pensé: ¿qué suprema razón
podrían defender estas rampas de piedra
en las que el infinito
huye del hombre para deslizarse
hacia la negación de lo infinito?

Mas cuando vi más cerca los triángulos
de rayos negros, aquella chimenea apagada
de un invierno remoto, un cúmulo de aristas
y de lanzas quebradas,
me pregunté si estuvo de su lado
la razón,
pues una bruma gris me recordaba
fosos de esclavitud,
las naves-vientres de la esclavitud.
Pero sé que en sus túneles
manaron manantiales de plegarias,

de plegarias almadadas,
para salvar a todos
y arrebatarlos obsesivamente
al más allá.

Corazón negro del oro imposible,
alma de ese milagro
que es la piedra eterna
y, a la vez, tumba que vio ascender
a la Muerte-Madre
como una súplica de llanto piadoso
y descender del cielo luego
como un chaparrón de sangre negra.

Fortín: te cimentó una voluntad
de dioses que, en el fondo,
tan sólo eran hombres muy humildes,
pues dejaron atrás una aldea de adobes,
su huerto pobre, su hato
de cabras y, sobre todo,
el sueño amarillo
de un mar de espigas.
(En sus vigiliass en las casamatas
de estos baluartes,
les llegaba aquel sueño:
las lejanas espigas
del oro de Castilla,
de otro oro: el del humilde pan
de la madre y del horno aromado,
el pan que basta y sacia.)

Y con la humedad
malsana de las selvas en el rostro
se preguntaban:

«¿Y si hubiese bastado aquel pan nuestro
de la madre, el de la humilde infancia?
¿Y qué hacemos aquí, tan lejos del hogar,
como agujas metálicas
esperando los rayos a la luz
de los relámpagos?
Aquella alucinación la arrastraba,
en noches tristes, la humedad letal
de las ciénagas
hasta sus manos como pedernales,
hasta sus almas secas.
Fortín: tú nunca fuiste de este mundo,
aunque te alzarán manos de granito,
pues vi en tu argamasa
sangre iluminada y un perfume de incienso
que el paso de los siglos no ha podido borrar.
Marea de manos negras
que cuajó en volcán.
Luna grande de resplandor amargo
ofrecida a las almas quemadas,
cuando al anochecer te ponías
tu escafandra de sombra,
tu antifaz de puñales.
Dentadura negra o quizá
pájaro negro de alas cortadas,
látigo con sus puntas de estrellas,
aristas y cuchillas de una inservible máquina,
geometría ciega.
Nada negra.
Nada muerta
sin sepultar.

Y, sin embargo, en tu duro seno

hay una jaula llena
de música muy verde,
un corazón de pájaros,
un patio arrullado por un agua esmeralda.
Te pudo el verdor, fortín,
nos puede el verdor a los humanos,
a los de aquí y a los de allá,
a los de ahora y a los de entonces,
a negros, blancos o cobrizos,
pues la cruenta Historia
siempre ha ido a todos acunando
por igual
en cuna de dolor,
en su cuna de muerte.
Porque el secreto está en el verdor,
en cuanto fluye en paz,
y germina, y canta, y da vida.

Sí, existen palabras
que son vencidas por el tiempo
y las que al tiempo vencen,
las que siguen llegando de allá arriba,
del celeste océano que aún desconocemos,
pues su llamada o su bramido puede
mucho más que las muertes
de todos.
Eterno afán de huir
de la ineludible dualidad
de lo duro y lo blando,
de lo claro y lo oscuro.
El terrible dilema que aún devora
esa vida-pobreza-diamante del hombre,
mientras el que respira no descansa,

no halle su paz en la armonía de ser.

El soñador de lejanas espigas
levantó muros negros, sueños blancos,
contra acerbos venenos, contra venenos dulces,
se aferró a las plegarias como a clavos,
sembró en lagunas leyes,
plantó frutales, fue
deshaciendo los nudos
de las serpientes de piedra,
rastreado el oro que corrompe
y el buen oro de la palabra que ama
y que aún perdura
(«Y que Dios le proteja su familia»,
añade el mendigo en soledad,
aún hoy, siglos después).

Sí, la bestia dormida de la piedra
tiene en su interior
una jaula de pájaros sonoros,
de tucanes-arcoíris,
un mensaje de música muy verde.
Aún resiste el amor encarcelado,
hoguera invisible
contra la piedra negadora,
contra la selva laberinto,
contra las ciénagas del lodo,
contra el huracán de pasiones e ideas.
Llama que aún está ardiendo
bajo este túmulo, que aspira
a una salvación que nunca llega,
pero que siempre esperamos,
pero que siempre esperamos.

Tiene que ser posible la existencia
de un hombre que dé paz,
que aquí o allá
aún venza sin luchar en las batallas.
Lo encontrarás mientras haya un jardín
o un huerto que perduren,
y en los que un hombre quieto,
sentado entre el sereno verdor,
abierto con sus ojos y sus manos
a la tierra y al cielo,
aspire al *más allá*
respirando
la invisibilidad.

Un más allá que está ya aquí, en ese punto
entre nuestros dos ojos
cerrados,
cuando respiramos
la luz.
Pero nunca aprendemos.
Pero nunca aprendemos.
No sirven en la vida las ideas,
ni los hechos
que no sean semilla
de paz.

El mal tiene en su seno una jaula
con música muy verde
y el hombre debe abrirla
a fin de liberarla.
Por eso, respirad, respirad
contra la piedra negra,
contra la piedra muerta,
contra la muerte viva.

Respirad en la luz
mientras la luz perdure.

26-31 de enero de 2013

Canciones para una música silente

Valle de Sansueña

Extramuros de los dos campamentos romanos de Petavonium se fue formando una ciudad. Todavía en la Edad Media se reconocía como Ciudadela o Ciudadeja. Luego pasó a ser un despoblado que llamaban Sansueña. De él no queda en la actualidad señal alguna.

Un ramo en la tormenta

No sé adónde voy
con un gran ramo de rosas rojas
en los brazos.
En este anochecer va a estallar la tormenta.
Hace mucho bochorno.

El viento

quisiera arrancar los árboles de la tierra
y hasta las nubes malvas
de las raíces del cielo.
Yo mismo soy ese árbol
al que el temporal
quiere arrancar las rosas de mis brazos,
deshacerlas como sangre entre mis dedos,
darlas como ofrenda a un mundo de soledad
absoluta.

Me parece que he perdido el camino,
pues voy de aquí para allá
como la zarza reseca
que rueda extraviada con el polvo
por el laberinto de adobe del pueblo.
Saltan los primeros relámpagos violetas
sobre las Peñas Negras.
La lejana voz del trueno
se va aproximando a mi pecho.
Ya se ha aposentando en mi pecho.
Es como si las rosas estallaran
en mi pecho
tras haber emanado su aroma final.

No sé adónde voy
cuando va a desatarse la tormenta
con un gran ramo de rosas rojas
que el viento ya está deshaciendo en mis brazos.
En el aire
 vuelan pétalos
que, como labios,
van al encuentro de las primeras gotas de lluvia
con sabor a ozono.

Me parece que he perdido el camino,
pues llevo los ojos llenos de pájaros negros.
Mas, al fin, lo he hallado al desembocar
con mis manos huérfanas,
crucificadas sobre el pecho,
frente a un muro cubierto de musgo,
frente a las verjas oxidadas del cementerio.

Entre mis brazos,
sólo queda un gran ramo de espinos
que ofrendaré
a la muerte de mármol.

Hallazgo de una estatua junto a un muro

Mientras no existías,
mientras morabas en lo negro hondo,
mientras estabas enterrada, fuiste
en verdad una diosa.
Mas luego los humanos hemos ido
mirándote despacio y, al mirarte,
como el hombre supiste de la sed y el dolor,
conociste la duda,
las penas del saber y no saber;
supiste cómo un día es menos bello
que otro, porque el tiempo
va pasando feroz.

Así que también tú, eterna, oculta
hasta ahora, has probado la muerte.
Mas siempre durará aquel instante
en el que fuiste diosa,
al pasar de lo negro a lo blanco,
de la noche al día,
cuando abriste tus ojos a los nuestros.

Alma arrancada a la piedra del mundo,
carne arrancada al alma de la piedra.

Semillas del tiempo

Robusto muro
derrumbado.

Fresca fuente
cegada.

Arrancado brocal
donde ya no se posan,
bondadosas, las manos
de las jóvenes.

Fiel ciprés.

Círculo de palomas
coronando la calma
del jardín.

Estatua de ojos muertos
helados por la sombra,
abrasados de luz.

Solamente aquí es Cronos
quien reina,
dios del Tiempo
infinita-
mente
cruel.

Arqueología de la luz

De tierno mármol blanco
acariciado por el olvido de la sombra
durante veinte siglos,
era el busto aquel de Marco Aurelio
que extrajeron un día
del jardín enterrado de una villa romana.

Luego, lo incrustaron en las piedras
del muro de una iglesia.
Marco Aurelio el estoico pasó a ser
un barbado San Pedro
al que el pueblo adoraba.
Pero alguien vino como un lobo alado
sobrevolando el río,
las copas de los álamos,
trepando por los campanarios nocturnos,
y arrancó la cabeza del busto
de mármol,
 tan tierno
por bello e inmortal.

Los ladrones de tiempo se llevaron
la memoria del tiempo,
aquella luz de mármol
inmortal.
Arrancaron la luz de la noche.
Arrancaron la luz de nuestra noche.

En la sima

Caminas en el atardecer
por senderos de frío.
¿Adónde quieres ir cuando tus labios saben
a invierno?

Se alza amenazador a tus espaldas
un triángulo negro
envuelto en oro.
(No temas: es el monte de tu infancia
adormecido en el crepúsculo.)
El pueblo, a lo lejos, será pronto
una luciérnaga
desprendida
del infinito bosque de luciérnagas
de allá arriba.

Te aguarda una cueva excavada
en un barro de sangre.
¿Qué buscas, peregrino,
en el vacío-vacío
de tu ser y del mundo?
¿Por qué este buscar todavía más luz
en la negrura?
Comprendes, descendiendo a la sima,
por qué el humo fue purificando,
un siglo y otro siglo,
la entraña de la tierra,
la sed, la soledad, el mal del hombre.

En la hornacina enciendes una vela.

Esa vela es tu vida.
Ella desprenderá lenta su fiebre
mientras que tú respires
y ese vaso de vino te abrirá
un poco, sólo un poco,
el velo del misterio.
Un útero es la cueva.
Útero es el lagar, útero el horno
y útero las losas
que guardaron cenizas y hoy sostienen,
como un ara, el júbilo del fuego.

Ascendiendo a la luz,
descendiste.
Descendiendo a lo negro,
asciendes a otra luz.

Estela

Y el romano aguerrido de las tropas de Augusto...

Nunca pensé que aquel lejano verso mío
fuese revelación
casi cuarenta años
después.

Descendiste a la cueva ruinoso
como a abismo.
A la luz de una vela, escrutaste hornacinas,
alzaste los maderos de roble, escarbaste
en el húmedo barro
del color del más ardiente cobre,
y allí estaba la losa
extensa, enorme, ruda.

Sobre su superficie (como escritas
por unos labios con sangre,
que besaran la piedra hace ya dos mil años)
viste letras de fuego,
heridas entreabiertas de una vida,
las fúnebres palabras-laberinto,
inexplicables sílabas ardientes
encubriendo un misterio insondable:

C. IVLIUS... MNVS. EO
AL. AVCC... ERO... ISE...

La piedra

Me adormiré aquí sobre esta piedra
que estuvo sepultada tantos siglos
(que es de fuego
por tan fría).

Mas esta piedra muerta
(lo más duro en el instante
de la desolación)
da la vida,
pues contiene la clave de las claves:
la de la simple y llana Unidad.
Puede cantar la piedra en el secreto
de la vida interior
como canta en el verso la palabra.

La soledad resiste
en su puro vacío,
y quema, y al quemar,
cauteriza y sana,
¡y me adormece con tanta dulzura
sobre la piedra
fría!

Despoblado

¿Por qué se aposentó precisamente aquí
lo sagrado,
en este espacio de las ciudadelas desaparecidas,
en este territorio barrido
por el viento y las tumbas?

Las soberbias estatuas paganas,
de bronce y mármol,
las fulminó el olvido
y el rayo de la espada.

Los ángeles de oro
se disolvieron en la ondulación
de los trigos maduros.

Violentaron la puerta, robaron
la imagen de la Virgen románica.

(Nadie ha vuelto a saber
dónde se oculta el sacrilegio.)

El pozo con su eco no responde
al clamor de los suicidas solitarios.

Y de noche, allá arriba, los arados de fuego
surcan el firmamento en silencio
para una siembra infinita
de semillas estériles.

Pero aún arde una llama piadosa
sobre el ara

del recinto que un día
fue Templo de Hércules.

Tiembla el canto
en la devastación de las estelas,

en las que tiempo y olvido
desgastaron los últimos mensajes
incisos por la mano de un esclavo
en la piedra muerta,
que ahora es piedra viva.
Mientras la luz del tiempo
sea la luz de la consciencia,
llama y canto
vencerán a la piedra,
revelarán lo sagrado.

Nosotros –por piedra muerta–
aún somos piedra viva,
la piedra angular
de un misterio insondable.
Nosotros sólo somos un enigma
que nunca lograremos desvelar,
una palabra
invisible
que musitamos:
Sansueña.

No te apagues, llama,
pues se apagaría mi alma.
No te extingas, canto,
pues mis labios se llenarían
de muerte.

Tras el descenso de la cima tutelar

No esperaba regresar del territorio de los rayos.
No esperaba regresar del dominio
de la raíz de los rayos.

En la cumbre de la montaña
la tormenta llegó inesperada
trayendo de su mano
a la Muerte,
que deseaba lamer nuestros labios.

En el instante del trueno,
antes de apagar los móviles
y de arrojar los metales al precipicio,
alguien llamó para comunicarnos la noticia
de que había muerto nuestra amiga
muy lejos, allá en los jardines
de Postdam.

Mas la lluvia nos alivió la tristeza
con la pureza del ozono,
con la caricia del relámpago.
Esperamos como las bestias a que amainara la lluvia
en una madriguera, arrullados
por el círculo de nuestras sangres en vilo,
teniendo, a un lado, la ladera
de las piedras lunares
y, al otro, el abismo del despeñadero de los siglos.
Tras la huida del último pastor
los excrementos de los corzos eran allá arriba
la única huella que reconocíamos de este mundo.

Los Celestes atendieron a nuestra ofrenda de fuego.
Nos perdonaron, ya que la tormenta
pasó de largo, siguió otros caminos
lamiendo amenazadora
los canales de las tierras auríferas;
avanzaba con su antifaz sin ojos hacia el norte,
mordiendo las cordilleras de plomo
hasta su estallido final, quién sabe dónde.

Arriba, en el reino de las peñas quebradas,
la lluvia había apagado
la hoguera que encendimos para las ofrendas
de los versos ardidados.
(También tenía que arder cada palabra
en aquella atmósfera de miedo al vacío,
en el filo de la cuchilla
de los cielos.)

Aquellos fueron en mi juventud
los páramos del silencio,
de las estrellas ausentes;
allí, a mis veinte años,
ante un alba ensangrentada,
con el cuerpo aterido,
había visto brotar flores extrañas
en el nevero,
que ahora encuentro sin nieve,
lleno de piedras negras.

Creedme si os digo que probamos
el límite de los límites
allí donde ser es no ser
y el ser es nada.

11 de septiembre de 2012

Un río, un monte, aquella mar

Aquel río y sus sotos de álamos
tienen la forma de mi alma.

Aquella isla, y ninguna otra,
tiene la forma de mi alma.

Aquella ciudad, y ninguna otra,
tiene la forma de mi alma.

¿Y este valle?

Nos debemos al lugar
del corazón.

¿Qué no podría darme la ternura
de los mimbrales morados, la nieve
del polen de los chopos en el aire de junio,
la ladera violácea de este monte
en que florece el brezo,
este monte
de infancia?

¿Qué no podría darme
aquella mar de fuego blanco
que inflamaba en mi pecho
la libertad?

Nos debemos al instante
de la respiración.

Nos debemos a la consciencia
de ser y de estar en el mundo
en el destello de una plenitud
mortal.

Si ruge el huracán, cierra los ojos:
se abrirá en tu interior lumbre gozosa.

O ábrelos en esta soledad
silenciosa y serena
que hace de la sangre otra luz.
Demos gracias por la palabra pura (sin fronteras)
que los labios musitan,
palabra que se escribe, y se respira, y que se da,
que es luz
en la luz.

Aquella ciudad, y ninguna otra,
tiene la forma de mi alma.
Aquella isla, y ninguna otra,
tiene la forma de mi alma.
Aquel río aún me arrastra entre sus álamos.

¿Y este valle?

Frescobaldi

Descienden lágrimas
gozosas,
¡tan celestes!

Caen

cálidas lágrimas
sembrando estelas
en la noche morada.

Lágrimas que son ahora mías,
aunque en realidad no sean mías,
pues vienen de una sima
de dolor muy remoto:

son lágrimas

hacia arriba arrojadas,
que ascendieron un siglo y otro siglo,
el lamento, la queja, la plegaria,
la desesperación de muchos:
de quienes padecieron.

Pero ahora

llueven como alegría, suavísimas
lágrimas amorosas, esquiras
ardientes, lamparillas
flotando en el aceite de la noche,
sílabas leves, o una sola sílaba
que, sin embargo, entrega
tantos mensajes, tanta
música: las misericordiosas
notas de un violín en llamas sepultado
bajo un mar de silencio.

Lágrimas del dolor de los que ascendieron

con sus muertes
durante siglos,
mas que ahora descenden transformadas
por ese firmamento que oculta
cuanto desconocemos.

Descienden

como nieve gozosa para todos,
como nieve gozosa para mí.
Tan silenciosas, son
nuestra ración diaria de pan pobre
(la desnuda esperanza).
En una sola lágrima,
en una sola silaba silente,
ellas nos traen lo que no muere aún,

Om

AUM

Fuente

Regrésame a ti.
Si es de día,
para que sienta esa dulce fiebre
que se desprende de tu tierra-sangre.
Y, si fuese de noche,
mantén sobre mis párpados
posadas tus estrellas,
la llama azul de Venus
y que sienta
cómo la eternidad
se detiene en mi cuerpo
un poco más,
un poco más aún.

¡He estado extraviado tantas veces
desde que me arrancaron
de mi infancia en ti!
¡Si pudiese elevar como entonces
mi mano al firmamento,
como cuando encendía mis bengalas
en el pueblo sin luces!
(El tibio resplandor de las bengalas
en los rostros de aquellos niños
sentados en un círculo en el suelo,
era la única luz
en la medianoche del estío.)

Regrésame a ti, dame la paz
de la encina,
la quietud de tus montes,

plenitud absoluta.

En la fragua

Ara muerta
del fuego muerto:
déjame que me siente a tu lado
y descanse
del vivir sin vivir.

Aquí sólo un fragmento
de tégula romana,
aquí una escoria negra
de hierro fiero
que no llegó a ser
ni reja ni espada
y las piedras sangrientas
sosteniendo aún el cuadrilátero
de tu ruina.

Lugar donde el martillo
hacía saltar del yunque
sonidos de infinito,
chispas de oro.
Como escribiera un día Robert Graves
ya no forma el herrero,
junto al sacerdote y al príncipe,
la tríada sagrada
que aguantaba la prueba del vivir,
la herida de saberse
sólo un poco de tiempo finito,
el vacío de sentir
sobre nuestras cabezas
el peso del dolor de los astros.

Ara del fuego muerto:
hoy eres la semilla
de esta fragua que tiene
por techo las estrellas,
un *centro del mundo*.

Hoy eres el fogón
de un fuego y de un cielo
que callan.

Y, por eso, me siento a tu lado,
y espero una llamada, y acaricio
tu aspereza,
la quemazón de las ortigas,
el canto del mirlo en el saúco.

Tu ruina es un don
precioso.

Poso en ti
mi mano y, a la vez, siento arder
el fuego muerto y la luz eterna.

El eco

En mi infancia sentí el fuego verde
de los ríos que más amo.
Aún discurre en mis venas.
Entonces no sabía que mi vida
iba a ser río lento
en secreta espesura
de palabras.

Un día de mi infancia
lancé a lo profundo mi voz
y recibí el eco, la respuesta
de la catedral de los chopos,
de la basílica de los álamos.
No sabía entonces que aquel eco
con que me iba respondiendo el soto
era *música*.

Ella fue la respuesta
a mi voz: el poema.
Pero aún no he logrado decir con palabras,
tantos años después,
cómo era aquella *música*
que, como onda, me iba devolviendo
el aroma de la savia,
el laberinto verde.

No caben las palabras
donde estuvo
la *música*.

Gorriones

Gorriones del invierno: qué calor
sentimos cuando os vemos tiritando
entre rosales muertos.

Pasaron ya los días
de las heladas negras.
Ahora esperamos la nieve, esperamos
la esperanza.
El cielo es blanco y calmo,
y se oye el silencio.
No cesáis de enredar vuestras patitas
con escarcha
en las últimas hojas de bronce de la yedra,
en el amanecer de los espinos.

Gorriones del frío:
cómo va
 descendiendo
con los primeros copos de la nieve
un calor fervoroso
que sólo pueden apreciar las almas
que sienten en el mundo el vacío
de la desolación.
Sois las brasas del tiempo.
¡Sois tan humildes cuando contempláis
el fuego invisible
de este aire tan puro!

Seguís picoteando en la nada,
acaso en busca de una primavera

eterna,
la que puede salvarnos del futuro dolor.
Gorriones del frío,
solitarios amigos del invierno:
sembrad vuestra inocencia en la inocencia
de la nieve.
Nos bastáis a nosotros y a este tiempo,
pues sólo el contemplaros nos salva
en esta blanca paz
no turbada por vuestras alas silenciosas.

Como nosotros,
tan sólo ansiáis más vida
en el invierno
de los rosales muertos.

Vallefondo

Fuiste valle del paraíso
y hoy sólo eres
infierno de las cenizas.

Pino grande de dos siglos,
abatido como rayo negro
sobre el arroyo que aún susurra vida:
hoy eres
un niño grande muerto,
aunque tus ramas que el fuego abrasó
cien lanzas o cien rayos quieren ser
contra el aguanieve de diciembre.

Jabalí: tu antiguo vigor,
en el verdor espeso de tu reino,
sólo es ya la blancura salvada
de tus colmillos
en tu cadáver.
¿Y es sueño o realidad
esa manada de pequeños corzos
que veo cruzar fugaces, asustados,
entre los troncos negros,
en el desierto calcinado?

¿Es que aún puede haber
vida en la muerte?
Creo que sí, pues veo
caballos en los prados de antaño,
que los robles y acebos resistieron
las esferas de fuego,

la marea de las llamas,
y quizá algo quiera decirnos
el estanque en que rebosa
el frío del cielo, el arcoíris,
lejano y húmedo,
sobre el espinazo rocoso de la sierra.

Vallefondo: espera
no las manos que te arrancaron
de cuajo la vida,
sino la de aquellos que te aman
y que, luchando, habrán de devolvértela.
Habrá un día en que el pino
sangre su miel de aroma.
Habrá un día en que el brezo
vuelva morados nuestros ojos
y enamore otra vez nuestras miradas,
y las colmenas canten en la paz de la umbría,
y las abejas zumben,
como quería Virgilio,
su música divina.

¡Qué silencio tan hondo!
¿Hacia dónde han huido
los pájaros?
¿Habrá un día
en que vuelvas a ser
el paraíso que fuiste?

Las estaciones de la vida

En primavera fuimos matorral vigoroso
bajo un viento encendido,
tormenta de relámpagos amables.

En verano, como un sol, se fueron expandiendo
las palabras-santuario,
los cuerpos como bosques,
y se abrió el sagrario de creer
que somos algo más
que luz que pasa.

Otoño maduró
cuanto sembramos bien y con paciencia,
trajo frutos hermosos, el milagro
de las palabras como racimos de oro,
y corrompió voraz las hojas muertas
de las horas perdidas.

En el invierno de la vida
buscamos, en posada apacible
donde arda un buen fuego,
ese vaso de vino
que concede un instante
cuanto hemos soñado:
el don de rescatar una verdad, tan sólo
una verdad humilde, mas segura:
que ya estamos a punto
de abrir (quizá) la noche
de un círculo cerrado.

Cumpleaños

(V. C.)

En el mes de febrero cumplirías
cien años,
pero en aquella tarde de noviembre,
con sol tibio,
pediste que te llevaran de paseo
hasta el cementerio,
porque «querías ver las flores
que hay allí».

El afán de belleza
parece trascender en los humanos
hasta la edad y hasta a la misma muerte,
pues cuando ella estaba
llamando ya a tu puerta
tú la ignorabas,
querías solamente acudir
a contemplar las flores
para ver la belleza
en el recinto de las cenizas y los huesos,
muy cerca de los chopos de las eras,
junto al monte de hierro del castro.
La belleza: la más honda
aspiración, quizá, del ser
humano.

Perdurarán las flores del invierno,
o las de primavera,

(aunque tú ya no estés)
propagando lo bello-sencillo,
esa intuición
de que después de la ceniza
seremos algo más
que ceniza.

Germinación

Misterio de la semilla enterrada, como muerta,
pero que da vida.

Misterio del trigo de diciembre
recién brotado, tierno, que resiste
la helada blanca
y la helada negra.

Un dios debe de haber en sus raíces
para que ascienda por su débil tallo
tibia savia, que salva su verdor;
una savia que quiere ascender
también al cielo azul
(cristal de estanque, si fuese de día,
y, si fuese de noche, al firmamento
sembrado con esquirlas que levantan
las espuelas de plata
de no sé qué caballos celestes).

Sobre este verdor, tan pálido e indefenso,
desciende de allá arriba
el frío más feroz.
Pero un día será ofrenda amarilla
en la era,
sol maduro caído en las manos
del que avente la parva.

Pequeño tallo tierno: sólo eres
un misterio, una pizca
de no sé qué energía.
Le señalas al hombre

de nuestro tiempo
(que tan necesitado está
de todo en su avidez)
tu humilde resistir, que es lo que importa,
y que vas demostrando, tenaz,
a través de la música de las estaciones,
que la vida
es algo más que vida amenazada.

Armuz

Pequeña
constelación
caída del cielo.

Racimo
de lágrimas heladas
en el útero
de un monte olvidado.

Negra ladera silente
en donde vienen a dormir
las rocas vivas y las fuentes muertas,
el otoño de los álamos,
la inocencia de los corzos,
sus ojos con espanto de disparos.

En la noche sin luna
me llamas,
madriguera del lobo sonámbulo.
Camino hacia ti por sendero invisible,
pero han descendido a guiarme
luminarias de otros mundos.
A sus lágrimas mudas
entregaré mis lágrimas
de felicidad.

Pequeña
constelación
caída del cielo:
camino en la noche
hacia tu infinitud.
Camino en la noche

hacia la infinitud.

Solsticio de invierno

Aunque esta Navidad no descendiera,
con su manto
de silencio,
la nieve
y no crujiese el pie sobre la escarcha
del vacío del mundo;
aunque huyesen los labios del amor
hacia el abismo
de la noche,
aquí están mis dos manos
temblorosas encima de las llamas
y los ojos ardiendo en el refugio
(tan tierno) de la piedra.

Unidad la de ser
en el ser de la llama.
Hasta el aire está ardiendo
en mi respiración,
aunque un destello amargo (el de vivir
en los límites del silencio)
desea congelarnos.
¡Lo sagrado es tan cierto en estos días:
en el año que muere,
en el año que nace!

Hora de oro, don
de lo divino
en lo humano.
Aunque nieve
en la llama.

Una presencia en la noche

No sé cómo explicarlo.
A veces se dan hechos misteriosos
en las noches de agosto
y uno acaba perdiéndose
hacia poniente, en dirección
a los hondos pinares.
¿Por qué este extravío?

Apareció de pronto una mujer
de aspecto y de semblante muy reales.
Pero es que, a la vez, me parecía
que llegaba desde un tiempo remoto,
que no pertenecía a este mundo.
Incluso siendo ella tan real,
la encontré en un paraje que yo había soñado,
en el que nunca había estado antes.

Tenía los ojos claros y grandes de los celtas,
un cuerpo que fluía, los cabellos
como un caudal de sol.
«Yo soy de esta tierra», me dijo.
Nada más.
Como callaba, yo le pregunté
su nombre, y me lo dijo;
pero lo más extraño es
que ahora no logro recordarlo,
como si sus labios
me hubiesen musitado
un nombre insonoro, invisible.
¿Era ella el símbolo más puro

de un pasado eterno?
Al oír sus palabras me llegó
un aroma a rebaño,
a hierba recién segada
en la vaguada, a los castaños
añosos del cementerio,
a los troncos cortados
junto a la ermita,
a las quebradas acariciadas por los relámpagos
y a profunda resina.
(El alma del pinar entraba en mí
a través del aroma, suavemente,
para reconfirmarme
que algo esencial se me comunicaba,
que algo extraño me estaba sucediendo.)

Y ahora, extraviado por los montes,
no sé adónde ir.
Tanto he perseguido en estos campos
de mi infancia
esa imagen que ahora
¿para qué he de seguir buscándola
si pertenece a esta tierra, si
aunque desaparezca
aquí está su morada?
¿Por qué seguir vagando eternamente
por el laberinto de los senderos?

¿Será esa mujer un imposible,
aquella de las leyendas y los cuentos:
el río subterráneo que llegaba hasta el lago,
la antigua viga de oro de los celtas
(la que decían las gentes del valle
que sostenía la montaña en ruinas

del castro prerromano),
o acaso la mujer que se peinaba
con un peine de plata,
de noche, bajo la luna,
sentada en una roca a la entrada
de la cueva?

¿O era la de aquella aparición
lejana, junto al pozo de la isla,
o la que brotó un día
del laberinto de la muchedumbre
de una estación de trenes?
Sí, ella puede ser un arquetipo
de la abismal memoria, ese símbolo
que a veces se revela
como lo más real.

Pronto, se extravió
en una noche de agua verde
llena de ojos azules,
llevada por el río de su cuerpo
que fluía hacia el fondo de las montañas negras.
¿Se perdió, como yo, en la noche
de todos los caminos sin salida,
o es que está observándome callada,
flotando sobre mí en este aire
que a solas respiro?

Luego, tras el secreto
revelado, la noche
quedó sellada.
Detrás del labio negro
de una loma, ascendía
la luna llena roja
de agosto.

Se oía el silencio.

Triángulo del origen

Contempla el útero o el cuenco
de estos territorios remotos,
las sierras negras,
las que cercan el triángulo del origen,
el que tiene vértices de diamante-nieve
y contiene el espacio-infinitud.

Deja que duerman tus dos ojos
en el misterioso olvido de las lejanías,
donde se halla una *esencia* que nos llama.
Siempre lo que anhelamos está en ti,
sol de sangre vencido por la noche,
por los aullidos de los animales
que cruzan los pinares sin saber
por qué o adónde van.

Viene luego otro sol
que regresa al alba y nos trae otra luz
que de nuevo habrá de devorarse
a sí misma, al sol negro
y a las sierras que guardan el secreto.

Hoy sólo tiembla en mis pupilas
el vacío de lo eterno,
el que se llenará el día
en que Ella regrese a nosotros
para quedarse,
trayendo una *luz*
que habrá de iluminarlo
todo.

Triángulo del origen, nido
en donde el roble brota de la roca,
y los nogales se adormecen
con el rumor del agua de los molinos,
y escuchan los castaños
el secreto del tiempo
en el silencio de la ermita.

Madre tierra nuestra: deja
que me arrodille y bese
la boca de la cueva
de donde brotó el oro
blanco de las almas
que nunca han de morir,
que nunca han de morir.

El laberinto invisible

Para el que sabe ver
siempre habrá al final del laberinto
de la vida
una puerta de oro.

Si la atraviesas hallarás un patio
con musgo, empedrado,
y en él dos cedros opulentos con
sus pájaros dormidos.
(No encontrarás ya aquí la música de Orfeo,
sino sólo silencio.)
Cruza el patio, verás luego otra puerta.
Ábrela.

Ya dentro, en la penumbra,
verás un muro
y, en él, unas palabras muy borrosas
de cuya sencillez brota una luz
que, lenta, pasa a ti y te devuelve
al fin la libertad,
la plenitud de ser:
«Sean siempre alabadas
las palabras dulcísimas
que sanan: paz y bien».

Después, ya en soledad profunda,
verás que te hallas frente a otra puerta
que aún no puedes abrir,
porque no es el momento:
la que quizá te lleve a otro laberinto,
al laberinto último, invisible.

¿De él habrá salida?
(Sólo queda esperar,
esperar al amparo seguro
de esas letras borrosas
que sanan.)

El otro anillo

¿Por qué he de venir
a recogerme aquí,
donde todo termina?
¿O quizá donde todo comienza?
¿Se cierra o se abre
en este aire puro
mi vida?
¿Soy el anillo de oro
que perdí en la isla
y que he encontrado ahora,
y que sólo es un símbolo:
el círculo de un círculo,
el de la plenitud de ser
en el filo de cuchilla
de la consciencia lúcida
y del tiempo que huye?

¿Merecemos acaso los humanos
recibir cada noche en nuestras sienes
la corona del firmamento?
Aunque se acabe el tiempo,
¿no me envuelve una esfera
que lo celeste fue abriendo en la infancia
de mis ojos
y que ahora esos ojos devuelven
a lo celeste?
Todo es Unidad.
Al fin he conseguido detener
el tiempo.
¿Hasta cuándo?

En el sendero de la vaguada de las peonías,
me vas guiando tú
(que símbolo no eres, ni aparición que huye,
sino lo más real
de mi vida),
junto a una fuente
que todavía mana entre las ruinas
su soledad.
Y sé muy bien que su agua no murmura
canción alguna (traspasa
a mis labios
esa canción silente de tus labios).

Esa agua desprende todavía
una música
que no oigo,
pero que nos atrae y nos aquieta.
Por eso, junto a ella,
rendimos nuestro rostro,
mi soledad entrego a la tuya,
ofrendamos la vida al secreto
desvelado.

Créeme: desde que he regresado
y *descendí*
he encontrado mi *centro*,
pues vivir he logrado
cuanto soñé.
Ahora, ¿qué más puedo pedir
que no sea continuar esa senda de infancia,
que respirar la luz
que respiré al nacer,
que vacía la mente,
que concede la paz?

Aunque se agote el agua
de la fuente.

Signos en la piedra

Sigue la senda de las piedras musgosas,
la que conduce a la gran roca,
a la raíz del ara,
a la raíz eterna
del tiempo.

Mira la nieve humilde de la cima
tutelar,
donde se cierra el círculo
que se abriera en tu infancia,
donde se abre la noche del ser
en la luz que es más luz,
donde ya no hay preguntas
ni respuestas.

En esa nieve posa tus dos ojos.
Luego, pósalos en el ara
y respira profundo.
Posa también tus manos:
que se aquieten tus manos como palomas,
que echen raíces
en el silencio helado de la piedra.
Verás en ella señales muy leves,
signos dictados por el firmamento,
los símbolos de un tiempo infinito
que va huyendo de ti,
mas que a la vez está en tu interior:
revelación del alma que no muere.

No podrás ir más allá.
No debes ir más allá.

Llamas en la morada

I

Morada, centro de mi ser
en llamas:
me has llamado y he acudido.
Aquí estoy devolviéndote
cuanto me diste.

Te devuelvo lo más sagrado:
mi infancia, las escasas
palabras del poema,
ese misterio transformado en música.
Te devuelvo
el pico amarillo del mirlo,
la piedra negra con su musgo verde,
las viñas adormecidas
por la helada,
el milagro de la mujer,
el vuelo en la noche de la lechuza blanca,
el ruiseñor ausente.

Me has llamado y he acudido
con este cuaderno negro,
con esta poca
de música,
con las palabras como brasas.
Don que me diste,
ofrenda que te entrego,
aunque mía no sea.

Me das este desvelo, un silencio
que sana

y que tan sólo es tuyo,
y que tan sólo es mío
en lo secreto
de esta soledad
poblada de abismos
maravillosos.

II

He recorrido hasta aquí los caminos del pasado
como si nunca los hubiese recorrido.

Entro en la morada del origen,
que fue un sueño de infancia,
mas que existe, pues puedo acariciar
su adobe manso.

Siento como si se abriera un verano
en la sucesión de mis inviernos.

Encuentro lo que buscaba tantos años
extraviado por los laberintos de cemento
con tan sólo pegar
mi cabeza a la tuya,
con tan sólo cerrar sobre tu cuerpo
mis ojos.

Cierro los ojos y viene a mi encuentro
la luz.
En la nada.

III

Sé que la noche
de primavera
oculta la nieve rosa
de los cerezos.

Sé que bajo la noche
de invierno
duerme la primavera
sobre la nieve rosa
de los cerezos.

Yo sé que el fruto de los cerezos
es el otoño de la vida,
lo que dura el resplandor
ardoroso
de un verano,
lo que dura el incendio
que ha arrasado un bosque.

IV

Enciendo el fuego,
el pruno se llena
de gorriones y de flores moradas.
Enciendo el fuego,
llega la música
más hermosa:
el *Agnus Dei* de Barber.
Enciendo el fuego,
escucho la noche
con su silencio que llama
a la nieve.
Enciendo el fuego
y yo soy el que arde
en noche, en nieve, en música, en silencio.

V

Silencio y música.
Música y palabra
que calla, que debe callar
por medio de silencios que hablan.
Sed del ser
que no logra saciar
sus ansias
de esa infinitud que anuncian
el rebaño, el relámpago, los labios.

Bebiendo estoy de un agua
que no sacia: la del vivir
en los límites.
Y, sin embargo, vivo
en unos absolutos
que me conducen hasta una *nada*
que es *todo*.

Voy por el camino de la fuente,
voy por el sendero de los álamos,
voy por las sendas sin senda
de la noche,
en la que me extravió
llorando de felicidad.

VI

¿Y si fuese la música el silencio?
Dejad hablar a la silente música,
pues ya sólo importa el descenso
de la nieve.

Taïs, Taïs: que sólo
hablen las manos blancas
y los ojos negros.
Una sola palabra nos basta
para salvarnos en el símbolo:
blanco, negro, la luz, la noche, los caballos.

Si no somos la música silente
nada somos.
¿Por el hablar morimos?
Si es así, escuchad el dulce don
que la vida concede:
el silencio profundo.

Taïs, Taïs: cómo hablas
callando
in dulci iubilo.
Soy silencio de ti y tú de mí.
Y los dos, de la nieve.

¿Y si fuese la música el silencio?

VIII

Imagino posar mi mano en tu mano,
rozar tu piel
y ver como se enciende una hoguera.
Plena gracia
que no merecemos, venero
que de manar no cesa
en las caricias.

Si posara mis dedos en tus labios
el mundo sonreiría.
Pero tan sólo poso en el cuaderno
mis manos frías,
y cierro los ojos,
y siento calor,
pues me quema la lumbre
de un tiempo fugitivo,
del ser en el no-ser.

No-ser en el que hallo
un secreto
que me basta
y me sacia.

IX

Existe el dolor.
Sin embargo, sé bien dónde se oculta
el secreto sereno
del vivir:
en respirar
en soledad
el silencio

Hasta que ese dolor se disuelva
en su nada,
que habrá de ser la nuestra.

X

Estoy hablando a solas
y me escuchas muy lejos.
Me he puesto la chaqueta gastada
y las botas viejas,
y he salido al camino.

He regresado vacío,
¡mas tan lleno!
He puesto la frente
sobre la piedra,
la mano en la ceniza
y he dado gracias
por la salud que concede
recibir lo más llano y humilde
sin merecerlo.

XI

Por más lejos que te encuentres,
siento que puedes ser la claridad
de la vida,
esa emoción que tiembla
en lo bello.

Y tu boca un don en el que viene
a beber la verdad, y por mujer
eres templo
en donde la esperanza
se fecunda y germina.

Retorna con tus ojos.
Eso me basta: posa,
descansa tus pupilas
sobre nuestras pupilas
para que celebremos
contigo (un instante)
el misterio
de un goce
absoluto.

XII

Retorna a la morada, ven
como la Noche de San Juan:
como un misterio.

Y si para entonces no pudieses,
regresa en agosto, en la noche
de San Lorenzo, cuando
Las Perseidas engañan al cielo
con sus juegos, pues quieren
arrojar sus destellos a la tierra,
sembrar de diamantes
el azabache de los ojos.
Mas siempre huyen lejos,
regresan a su abismo.

Sin llegar a quebrarse
se tensará aún más
el aire,
la cúpula nocturna,
se aquietará el agua de la última fuente,
se mantendrán abiertos
los ojos del rebaño,
se imantará el ritmo
del tiempo
hasta que la Vía Láctea
cambie su rumbo
y tras ella irán nuestras miradas
extraviadas, ebrias
de infinitud.

Ven como el aroma blanco

que llega de la copa
negra del tilo grande.
Respiraremos un silencio
inexplicable.
Retorna a la morada, ven
como la Noche de San Juan.
Lo fiaremos todo a sus misterios.
Detendremos así tu dolor,
y el mío.

XIII

Recibo a los pájaros
en este día en el que la tormenta
ha dejado el pruno morado
lleno de trinos.
Ellos son hoy los frutos de este árbol
que la brisa cimbrea
desprendiendo una música
que sólo el espíritu comprende.
Desconozco el secreto
de esta felicidad
que mueve el aire,
de esta ebriedad
en ramas tiernas, en nidos ocultos.
Nos está hablando el árbol,
pero no comprendemos
la lección de sus ramas,
que dejan en el aire
un secreto abierto:
el de que el vivir
en plenitud
es el más bello canto
indescifrable.

XIV

Me dices que ansías
mi soledad
cuando soy yo el que ansía
la tuya.

Suponemos que en nuestras soledades
escucharemos voces llenas de secretos,
músicas turbadoras que nos lleven
a uno hasta el otro.

Pero la soledad es una música
que duele:
nos araña la mente y nos llena
de sed el alma,
y nos aleja,
y nos aleja.

XV

Asfódelos:
con vuestro temblor
bajo la brisa
me estáis diciendo
adiós
entre espigas de plata.

No os veo en las manos
de héroes, o pastores, o poetas.
Sois simplemente
(al final de la senda,
en la cima rocosa)
la frágil realidad
suprema,
un símbolo que salva el instante
de quien vive aún,
y os contempla.

Aunque este verano abrasador
os amenace,
os rodee
de muerte.

XVI

Si escucho la melodía de Tolga Kashif
me veo deteniendo de repente
mi coche en la negra
noche de los pinares
para salir en busca de un rostro.
Si escucho la melodía de Kashif
me parece que todos los animales
del verano se callan,
levantan sus cabezas del agua
en la espesura del río
porque oyen otra música y no saben
que es la que se desprende de tu nombre.
Si escucho la música de Kashif
me adentro mucho más
en el laberinto de los caminos
como un ciego
Y no sé a dónde ir,
y a la vez sé que voy hacia algo
sin alcanzarlo nunca.
Si escucho la música de Kashif
sé que aún llegará otra noche
de extravíos profundos.
Esta vez
no habrá retorno,
pues cuanto busco lo habré encontrado
en la noche infinita.

XVII

Mejor así: lejos, muy lejos,
pero con las almas
tan cerca.

Los dos inalcanzables
como las laminillas de oro
de las alas de los jilgueros que huyen
del ciprés,
como el monte negro
que no se deja ascender
bajo una tormenta de lobos,
como la estrella distante
que sin embargo es
como una lágrima nuestra.

Mejor así, como hablan
las almas
con las almas,
tan lejos,
tan cerca.

XVIII

Veo pasar los álamos.
Cuando no me dirijo a mi interior,
no sé adónde voy.
Suena Purcell: sus voces
celestes me avisan
de que quizá sigo un camino
sin camino.

Van pasando los álamos y creo
que voy
donde no debo ir.
Me falta el tiempo
para regresar.
¿O será este instante *todo* el tiempo,
que siento resbalar entre mis dedos
como un oro líquido?
Sé que soy yo el que pasa,
mas la música quiere
que perdure apurando
su hermosa
fugacidad.

Lo que soy aún no muere
en la música que arde
en los álamos.

XIX

Esta noche de invierno
las estrellas
del río Eria
saltaban en la nieve
de tu frente,
donde se siembra el oro en el otoño.
Las he visto caer
cuando iba hacia el valle
en donde tú no estabas.

Cuando cruzaba el puente
tú estabas en el agua
del río que pasaba,
discurrías con ella como música.
Y mientras me perdía hacia los montes
tú quedabas atrás,
y fluías muy lejos,
muy lejos.

Las estrellas del Eria
irán siempre contigo
saltando en tu frente.

XX

Cuando un día regreses
a la morada
déjame que acaricie
tus brazos
y que cuente tus dedos,
que me ponga a leer el alfabeto
de tu boca, y a desentrañar
en ella el mensaje
que los labios transmiten
sin moverse.
Así podré olvidarme
del fuego que hay debajo
de mi frente
en el desierto blanco de la tuya.

Cuando un día regreses
a la morada
retrasaré el momento
de estar junto a tus ojos
esperando (temiendo)
abismarme en ellos
para dejar de ser
el que soy.
Y ser sólo en ti.

XXI

Imposible es que habites
en los pinares hondos.

Tú hoy no puedes saber
nada de estos pinares
negros.

Es invierno y llueve.

El cuerpo es un desierto
y el alma es un rescoldo
de luz negra.

Mas tú eres una luz,
muy blanca,
en mi interior
que nada puede
contra lluvia e invierno,
contra los montes negros.

Sí me puedes a mí
cuando en llama me tornas
y me haces arder
despacio,
muy despacio.

XXII

Tu alma
es el rumor de la llama.
No existe un sonido
más dulce,
pues suavemente funde todo en ti
y todo en mí.
Al fin, nosotros somos
el rumor de la llama,
(el rumor de las almas).

Cómo se quiebra
la luz
en la música
que arde
en tus ojos.

XXIII

Esta noche (soñando)
te veía desnuda,
y no sabía dónde se encontraba
el secreto
de tu cuerpo silencioso.

Te veía en sueños,
mas supe, al fin,
dónde se hallaba
el secreto
desnudo
de tu cuerpo
silencioso:
en su blancura,
en su nieve que ardía sin arder.

XXIV

Cuando al atardecer
llegó la luz de bronce hasta la parra,
y en ella se extinguió su fuego verde,
escribí cinco versos.

Mas no los escribí:
los pronuncié despacio en la sombra,
dejé que se expandieran
en el cuaderno de la noche.

Ahora estoy como huérfano de ellos,
¡los necesito tanto!
Pero no los recuerdo.
Intento rescatarlos mientras leo
en el alfabeto celeste,
en el silabario de escarcha,
en las letras parpadeantes de allá arriba.
Ellas me hablan con sus silencios temblorosos,
mas no logro entender su lenguaje,
mas no logro entender su mensaje.

Los versos no regresan
a mis labios
por escala
de música.

XXV

Me he dejado caer
con la lentitud
de la última hoja de un árbol,
como la lluvia cae
sembrando de ternura el pinar.

Me he dejado caer
sobre el suelo, derrotado
no por el mundo
sino por la música.
Y, cayendo, me siento ascender
como un *agnus dei* o como un *angelus*.

Abatido estoy en el vacío
de una paz sublime
mientras mi ser no cesa
de trazar círculos de silencio
sobre las lagunas serenas,
sobre el humo de los tejados,
por el espacio celeste.

XXVI

Luz perpetua:
pon en mis labios
una brizna de ti, una favila
que no se apague
de tu fuego blanco.

Ven como la llama
de una vela
que, serena, avanza desde el fondo
de la noche del ser.
Sé, al menos,
pavesa en mi ceniza.

Llega con tu tibieza, y sea yo
sólo semilla
de la luz perpetua.

XXVII

Sólo quisiera
escribir mis palabras con silencios:
escribir el poema sin palabras.

Sólo quisiera
musitar el poema
como plegaria de silencio
en el silencio.

Nota a la edición

Este libro desea ser un gesto de libertad creadora. ¿Cuál no lo es para quien escribe desde la llamada (ineludible) de la propia *voz interior*? ¿Cómo rehuirla, además, a estas alturas de la vida? Ese gesto de libertad lo es aquí de manera especial, pues en este libro se evita la unidad tonal. Me refiero a que el poema largo, tendente al irracionalismo («El soñador de espigas lejanas»), se funde con otros extremadamente realistas, por sinceros («Siete poemas civiles») y ellos, a su vez, con secciones («Un verano en Arabí», «Valle de Sansueña» o «Llamas en la morada») que buscan la sencillez y la claridad, el sentir y el pensar en los límites. En ellas tiene un sentido más vivo la palabra «canción», que aparece en el título general.

En este proceso juegan un gran papel los símbolos. De ahí que la lectura simbólica de mi poesía se acentúe aquí. Entre estos símbolos es primordial el de la mujer; el cual, a su vez, se diversifica en otros derivados de él, de muy variada significación. Presencia de la mujer como símbolo-guía hacia el *conocimiento*, que Dante fijó tan extremadamente en su *Vita Nuova*. Este testimonio sobre lo absoluto de la mujer, u otros temas del que vive y escribe, se instauran preferentemente en el medio gracias al cual respiramos la luz, el que nos da la vida: la naturaleza. Una presencia *vivida* y de significación *universalizada*, que remite siempre en mi caso a la memoria: al *origen*.

Cuando apareció la edición de mi *Obra poética completa* (Siruela, 2011) estaba ya en marcha la elaboración de este libro. De ahí que en ella aparecieran algunos inéditos, aquí recogidos, que entonces me negaba a publicar bajo el apartado «Y otros poemas».

Por eso se editaron bajo el título de «El laberinto invisible», sección que ahora aparece aquí muy acrecentada. El calificativo de «completa» aplicado a una obra, cuando el autor aún vive, no es pretencioso o gratuito. Alude sencillamente a la reunión de todos los libros escritos hasta ese momento, a la vez que implica un reto que hay que superar: que la obra siga abierta. Este nuevo libro es la prueba de ello.

De manera especial quiero mostrar mi agradecimiento a María José, que como siempre revisó cuidadosamente mi texto. También a Ofelia Grande, porque ha estado sensiblemente cerca de la creación del libro. Igualmente al equipo de Siruela, que ha cuidado esta edición y las de otras obras mías últimas, muy especiales porque en ellas culmina esa *vía de conocimiento* que para mí es la literatura. Este agradecimiento hacia la fidelidad lo hago también extensivo a mis lectores y estudiosos; especialmente, por su actualidad, a aquellos que colaboran en el libro monográfico sobre mi obra que el profesor Francisco Aroca ha coordinado recientemente en la universidad francesa de Amiens. Tampoco olvido nunca el afecto de los lectores secretos, esos «amigos» a los que Óscar de la Huerga les da cauce desde las nuevas redes sociales.

A. C.

Salamanca, otoño de 2013

Obras de Antonio Colinas publicadas en Siruela

La simiente enterrada. Un viaje a China (2005-2008)

Leyendo en las piedras (2006)

El sentido primero de la palabra poética (2008)

Nuestra poesía en el tiempo (ed.) (2009)

Obra poética completa (2011)

Canciones para una música silente (2014)

Índice

Portadilla	2
Créditos	3
Dedicatoria	4
Contenido	5
El laberinto invisible	10
En invierno retorno al Palacio de Verano	11
I	12
II	14
III	17
IV	19
V	21
Catorce retratos de mujer	24
I	25
II	26
III	27
IV	29
V	30
VI	31
VII	32
VIII	34
IX	35
X	37
XI	40
XII	42
XIII	43
XIV	45
Semblanzas sonámbulas	47
Del jardín filosófico	48
I	49
II	50
Mayo de 2010	51
Nocturno en el Patio Chico	54

De Fray Luis de León a Ana de Jesús	56
Metamorfosis	58
Vicente Aleixandre en Las Navas	60
Hay una luz que viene de los montes	62
Te esperaban las montañas	64
Acróstico para mi hermano	66
Unas pocas palabras	67
Estación Central	68
Recordando unos versos de Goethe	71
Siete poemas civiles	73
Tarde del 31 de diciembre de 1936	74
No hablemos de la belleza	77
A las tres muchachas, enfermeras voluntarias de la Cruz Roja, asesinadas en un hospitalillo de Šmontaña	80
Tras el muro del patio de los naranjos	82
Meditación en Castrillo de las Piedras	84
La noticia ausente	89
La Madre de Todas las Fosas	91
Un verano en Arabí	94
I (Retorno)	95
II (El canto)	97
III (Una muerte)	99
IV (Safereig-Sefirot)	101
V (Monumento de luz)	103
VI (Un concierto)	105
VII (Llamada de la mar)	108
VIII (Dudas)	110
IX (La casa)	112
X (Unos ojos)	114
XI (Alquimia)	115
XII (Un encuentro)	117
XIII (Aroma de resina)	118
XIV (Gruta)	120
XV (Madruga la palabra)	122
XVI (Otra hoguera)	123

XVII (Corona blanca)	125
XVIII (Tambor nocturno)	126
XIX (Sufíes)	128
XX (Johanna)	130
XXI (Tagomago)	132
XXII (Por el último camino)	134
XXIII (Un libro)	136
XXIV (Can Costa de Arabí d'Alt)	138
XXV (Dos cipreses)	140
XXVI (Signos en la fuente)	142
XXVII (El anillo)	144
XXVIII (Del oro)	145
XXIX (La noche de Las Perseidas)	147
XXX (El cuerpo)	149
XXXI («No la debemos dormir, la noche...»)	151
El soñador de espigas lejanas	153
El soñador de espigas lejanas	154
Canciones para una música silente	162
Valle de Sansueña	163
Un ramo en la tormenta	164
Hallazgo de una estatua junto a un muro	166
Semillas del tiempo	167
Arqueología de la luz	168
En la sima	169
Estela	171
La piedra	172
Despoblado	173
Tras el descenso de la cima tutelar	175
Un río, un monte, aquella mar	178
Frescobaldi	180
Fuente	182
En la fragua	184
El eco	186
Gorriones	188
Vallefondo	190

Las estaciones de la vida	192
Cumpleaños	194
Germinación	196
Armuz	198
Solsticio de invierno	200
Una presencia en la noche	202
Triángulo del origen	206
El laberinto invisible	208
El otro anillo	210
Signos en la piedra	213
Llamas en la morada	215
I	216
II	218
III	219
IV	220
V	221
VI	222
VII	223
VIII	224
IX	225
X	226
XI	227
XII	228
XIII	230
XIV	231
XV	232
XVI	233
XVII	234
XVIII	235
XIX	236
XX	237
XXI	238
XXII	239
XXIII	240
XXIV	241

XXV	242
XXVI	243
XXVII	244
Nota a la edición	245
Obras de Antonio Colinas publicadas en Siruela	247